



No. 2
SERIE TRADUCCIONES
Medellín marzo de 2005

LA DESMILITARIZACIÓN CON PERSPECTIVA DE GÉNERO COMO HERRAMIENTA PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ

Por: Vanessa Farr

Título original: *Gendering Demilitarization as a Peacebuilding Tool*
Traducción: Santiago Gómez y Luz María Londoño. Instituto de Estudios Regionales -INER-
Edición: Andrés García

Esta traducción se hace en el Marco del proyecto de investigación "Retrospectiva y Perspectiva de los procesos de Reinserción de mujeres excombatientes en Colombia 1990 – 2003", realizada con el apoyo del International Development Research Centre -IDRC- del Canadá por el Grupo Cultura, Violencia y Territorio del Iner

Cuadernos INER. ISSN en trámite

Instituto de Estudios Regionales –INER–
Universidad de Antioquia
Bloque 9, Oficina 243
Teléfono: (057) (4) 2105699
Fax (057) (4) 2110696
Email: regiones@iner.udea.edu.co
Web: <http://iner.udea.edu.co>
Medellín, Colombia, 2005

Los **CUADERNOS INER** son publicados por el Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, con el fin de dar a conocer documentos resultantes de las labores de los distintos grupos de investigación que integran el instituto. Están orientados a divulgar avances y/o resultados parciales de investigación, debates de actualidad y traducciones de materiales claves, útiles para aquellos interesados en el conocimiento, análisis, interpretación e intervención en los procesos y problemas sociales, culturales, históricos, políticos y económicos del país, con énfasis en los asuntos relativos a las regiones, el territorio y en general las dinámicas socioespaciales. Se trata de documentos de trabajo, versiones preliminares o parciales, publicados sin ánimo de lucro ni intención comercial alguna, y por tanto hacemos de los mismos tirajes limitados en formato editorial simple, dirigidos preferencialmente a instituciones y personas especializadas en estas materias. Los CUADERNOS INER, comprenden tres series: 1. Avances de investigación; 2. Ensayos y Debates; y 3. Traducciones, y constituyen una línea editorial complementaria a otras publicaciones del instituto: libros editados y publicados directamente por el INER, o en co-edición con la Editorial Universidad de Antioquia o con otros centros de investigación o entidades públicas o privadas, y la Revista RegionEs, publicación semestral institucional, editada conjuntamente con el Observatorio del Caribe Colombiano OCC y con Centro de Estudios Cafeteros y Empresariales, CRECE.

Los documentos publicados en estos **CUADERNOS INER**, si bien cuentan con el aval del instituto, representado por el respectivo Comité Editorial, son de exclusiva responsabilidad de los autores y por tanto no comprometen al INER ni a la Universidad de Antioquia.

Estos cuadernos pueden ser consultados también en la pagina web <http://iner.udea.edu.co>
Se autoriza la reproducción total o parcial, siempre y cuando se cite la fuente.

Comité Editorial Cuadernos INER:

María Teresa Arcila, investigadora
Carlo Emilio Piazzini, investigador
Diego Herrera Gómez, Director

LA DESMILITARIZACIÓN CON PERSPECTIVA DE GÉNERO COMO HERRAMIENTA PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ*

Por: Vanessa Farr

1. Los impactos sociales de la desmilitarización sensible al género

1.1. Introducción

En su Resolución sobre Mujeres, Paz y Seguridad, adoptada por el Consejo de Seguridad en octubre 31 de 2000, las Naciones Unidas reconocieron formalmente que alcanzar la justicia de género es tan central para la transformación social como cualquier otra forma de reparación en la posguerra. La resolución 1325 fue el resultado de años de campaña realizados por la comunidad internacional de paz, y recoge una gran cantidad de trabajo académico feminista que propone que, cuando la desmilitarización comienza después del final de conflictos violentos, entender los efectos de las ideologías de género es esencial para una exitosa construcción de la paz.

Un aspecto de los procesos de paz –cuya dimensión de género ha sido frecuentemente subestimada en el pasado– se subraya en el punto decimotercero de la Resolución 1325, el cual anima "a todos lo involucrados en la planeación del desarme, la desmovilización y la reintegración, a considerar las diferentes necesidades de mujeres y hombres excombatientes y a tener en cuenta las necesidades de quienes de ellos dependen".¹ Este texto considerará cómo podría desarrollarse la desmovilización, desarme y reintegración sensible al género invocada en dicha importante Resolución. En este texto, mostraré cómo la conciencia del género en los primeros períodos de transición, así como en los períodos de postconflicto, tiene un impacto sobre la posibilidad de un desarrollo pacífico a largo plazo.²

En este ensayo, analizaré un amplio espectro de estudios de caso de procesos de desmovilización en los cuales los derechos de las mujeres se han visto comprometidos, y usaré teorías feministas para sacar conclusiones sobre cómo se pueden mejorar los ejercicios de desmovilización para dirigirse a las necesidades de hombres y mujeres excombatientes en forma más precisa. Para demostrar la forma en que la desmovilización tiene un impacto también sobre aquellos miembros de la sociedad que no estuvieron en servicio activo, explicaré por qué los planes para la reintegración pacífica –a través de los cuales los excombatientes se convierten en miembros sociales productivos– deben incorporar un cuidadoso análisis de las ideologías de género existentes en la sociedad que se analiza.

Análisis feministas acumulados prueban que, aunque la opresión masculina de la mujer sea universal, en las diferentes sociedades existen variaciones en las ideologías de género. También es común la existencia de grandes diferencias entre las mujeres, quienes serán oprimidas en forma distinta dependiendo de su clase, raza, locación geográfica, orientación sexual, o discapacidades físicas y mentales. A partir de la búsqueda, por parte de los activistas de paz, de conexiones entre la violencia de género en sus manifestaciones domésticas y la violencia a gran escala característica del conflicto armado y que se extiende hasta la posguerra inmediata, se

* Del original en inglés: Farr, Vanessa. *Gendering Demilitarization as a Peacebuilding Tool*. Paper 20, June 2002, Bonn: Bonn International Center For Conversion – BICC. [En línea]: <<http://www.bicc.de/publications/papers/paper20/content.html>>.

Traducido con autorización de la autora por Santiago Gómez y Luz María Londoño. Instituto de Estudios Regionales (INER), Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, 2004.

¹ Resolución de las Naciones Unidas (S/RES/1325) "Las mujeres por fin cuentan!". Folleto informativo publicado por The Hague Appeal for Peace, c/o IALANA, Anna Paulownastraat 103, 2518 BC, La Haya, Holanda.

² Este texto se concentra más específicamente en el continente africano, donde las guerras de liberación, guerras de guerrillas y guerras civiles han hecho considerable uso de las mujeres, incluso en roles de combate.

hace obvio que no podemos proveer una solución universalmente aplicable para las atrocidades cometidas en nombre de las ideologías de violencia y supremacía masculina. Para crear una diferencia duradera, necesitamos entender cómo funciona el poder patriarcal en cada sociedad en reconstrucción después de la guerra, y necesitamos poner atención a cómo mujeres distintas son afectadas por este poder, y cómo son capaces de responder a él en forma diferenciada.

Aun cuando los programas para satisfacer las necesidades de los combatientes deben ser llevados a cabo tan rápido como sea posible después del fin de las hostilidades, en este texto yo planteo que los planificadores no deberían perder de vista cómo la desmovilización, el desarme y la reintegración interactúan con otras transformaciones sociales después de la guerra. Si se desea incrementar la posibilidad de que esta interacción sea pacífica y constructiva, resulta esencial una conciencia de metas a largo plazo, así como la promoción de una mayor equidad –a través de la reformulación de las prácticas anteriores de exclusión social, política y económica–, para la implementación exitosa de los procesos de desmovilización y reintegración.

Cuidadosamente implementado, el enfoque de la desmilitarización con conciencia de género invocado en la Resolución 1325 ayudará a promover múltiples cambios en la forma como se manejan las necesidades de los combatientes después de la guerra. El primero, inmediato y práctico, es el establecimiento de un curso de acción que preste atención a los requerimientos de las mujeres tanto como a los de los hombres, lo que contribuirá a una desmovilización más justa de todos los soldados. El segundo, a largo plazo, es que la conciencia de género en el proceso de desmovilización puede jugar un rol importante en promover el reconocimiento de que los sistemas de género son dinámicos y por ello presentan un espacio potencial para el cambio. Desde esta perspectiva, mostraré cómo la desmovilización puede jugar un gran papel en el logro de la meta más amplia de la transformación social después de la guerra.

En la primera sección de este texto, discutiré las vías por las cuales las identidades de género de mujeres y hombres se construyen en forma diferente en tiempos de guerra, y cómo esta construcción afecta a combatientes y civiles en las negociaciones de paz y en el período subsiguiente. Después pasaré a una discusión detallada de los procesos de desmovilización, desarme y reintegración, y consideraré los efectos sociales potenciales si estos procedimientos se realizan desde una perspectiva de género. Para ayudar al incremento de la efectividad de las instituciones cuando diseñan e implementan el apoyo a largo plazo para excombatientes sensible al género, planteado en la Resolución 1325, el texto termina con una lista de verificación que debe ser consultada tanto durante la fase de planeación de la desmovilización como durante su implementación.

2. Ideologías de género en tiempos de conflicto

2.1. Los roles de las mujeres en la guerra y en la paz

En un mundo donde la pobreza y la carencia crecen continuamente, la violencia armada es cada vez más el resultado de disputas de identidad, y las teorías feministas han probado que las ideas sobre las mujeres y la femineidad constituyen una parte esencial de los procesos de construcción de una identidad masculina que se considere apropiada para una sociedad guerrera. Cynthia Enloe anota que la manipulación de las nociones de conductas de género apropiadas es un componente central del nacionalismo étnico (Enloe, 1998) y sostiene que la "militarización de las mujeres ha sido crucial para la militarización de los gobiernos y las relaciones internacionales. La militarización de las mujeres ha sido necesaria para la militarización de los hombres" (Enloe, 2000 p. 3). Pero, mientras que una significativa atención ha sido puesta en cómo los hombres y las ideas sobre la masculinidad son movilizados como parte de la maquinaria bélica –y esta atención no siempre ha sido crítica–, sólo en años recientes hemos comenzado a entender que las mujeres, y las creencias profundamente arraigadas acerca de la femineidad, son también militarizadas y movilizadas en apoyo a la ideología de la guerra (Cock, 1991; Goldstein, 2001).

Reconociendo un patrón en las formas en las cuales las sociedades manipulan las ideologías de género, académicas feministas han trabajado para refinar nuestro conocimiento de cómo los roles de las mujeres –y las identidades que ellas asumen para cumplir con estos roles– resultan estratégicos y variables durante la preparación para la guerra, en tiempo de guerra y en la posguerra inmediata (Cockburn, 2001).³ En contra de los estereotipos predominantes que afirman que las mujeres son innatamente pacíficas y los hombres tienden en forma inevitable a la guerra (Fukuyama, 1998; Goldstein, 2001), estas feministas nos urgen a reconocer la complejidad de las ideologías de género y los múltiples papeles que éstas juegan en arrastrar a los diferentes actores sociales hacia la guerra.

En tiempo de paz, así como en tiempo de guerra, las mujeres muestran una gran variedad de respuestas a formas de violencia organizadas y/o sancionadas por el estado. Hay una larga y muy celebrada historia de pacifismo feminista (Schreiner, 1911), y algunas mujeres, como activistas de paz, juegan un rol esencial en el mantenimiento de las conexiones sociales, a través de la construcción de coaliciones en comunidades divididas por la violencia, y por ello están posicionadas en forma ideal para jugar papeles importantes en la rehabilitación, reconciliación, apoyo para la reintegración y procesos de construcción de paz en la posguerra inmediata (Anderlini, 200; Farr, 2000a). Al mismo tiempo, sin embargo, hay también muchos ejemplos de mujeres que abrazan "la revolución con esperanza y la guerra con entusiasmo" (Hill, 2001, p. 21). Incluso si ellas no se enlistan como soldados, las mujeres pueden, y lo hacen, participar en el conflicto a través del soporte y mantenimiento de las fuerzas guerrilleras. Suplen las necesidades de la guerra: información, comida, prendas y albergue. Ellas cuidan a los soldados para que recuperen su salud. Pero con mucha frecuencia, así como el trabajo llevado a cabo por otras mujeres –tanto pacifistas como combatientes–, estas contribuciones son subestimadas una vez que el conflicto ha llegado al final. Como Linda Grant De Pauw escribe:

Las mujeres han estado, siempre y en todas partes, envueltas en la guerra en forma inextricable [pero] ocultas por la historia... Durante las guerras, las mujeres son omnipresentes y claramente visibles; cuando la guerra se termina y las canciones son cantadas, las mujeres desaparecen (De Pauw, 1998 p. xiii).

Mientras muchas feministas han remarcado que las actividades de construcción de paz de las mujeres reciben muy poco reconocimiento en el período de reconstrucción (Anderlini, 2000; Enloe, 2000), también es cierto que a las mujeres que fueron combatientes activas no se les permite participar, como líderes, en el desarrollo de procesos de transición y reconstrucción. Son ignoradas en las asociaciones de veteranos, donde el reconocimiento de su apoyo se reduce a los consabidos lazos de sangre con los hombres combatientes; es decir, que son reconocidas sólo como madres, hermanas, esposas o hijas (Ranchod-Nilsson, en edición). A pesar de la variedad de sus niveles de implicación en los asuntos de la guerra, ellas permanecen en las márgenes del poder político, económico y social, y sus voces y experiencias tienden a desaparecer cuando comienzan los procesos de paz (Goldblatt y Meinties, 1996).

Para plantear los problemas resultantes de tal invisibilidad, este texto se centrará en la pregunta de qué le pasa a las mujeres combatientes antes, durante y después de la desmovilización. Por falta de espacio, no espero tratar, excepto en forma periférica, las necesidades de algunas otras mujeres –incluso más invisibles– asociadas con estructuras militares o militarizadas (grupo que incluye a enfermeras militares, esposas de soldados, viudas de guerra y trabajadoras sexuales). A pesar del significativo aporte que ellas hacen al soporte y mantenimiento de los soldados, estas mujeres son usualmente denigradas como simples "seguidoras de campamentos".⁴ Esto

³ Aunque el ensayo de Cockburn resulta ejemplar en su esfuerzo para aprehender las contradictorias y cambiantes identidades de las personas en tiempos de guerra, el título del libro en el que aparece, *Víctimas, Victimarios o Actores* (2001) es algo confuso, porque parece establecer un dualismo (o lo uno / o lo otro) que niega que las mujeres, como los hombres, pueden y ocupan de hecho múltiples posiciones en diferentes momentos durante los períodos de conflicto armado.

⁴ El más reciente libro de Cynthia Enloe, *Maneuvers* (2000), hace visibles a estas mujeres "periféricas". Allí ella ofrece un completo análisis de cómo las mujeres "seguidoras de campamentos" son manipuladas para satisfacer los

invisibiliza el hecho de que ellas cumplen una significativa función durante la guerra y presentan tanto un reto durante el periodo de desmovilización y reintegración, como una fortaleza potencial durante el proceso de reconstrucción. Al igual que las mujeres excombatientes, estas mujeres asociadas a lo militar forman un grupo cuyas necesidades son dejadas de lado durante la fase de desmovilización y en el proceso de reintegración que sigue a un conflicto armado. A pesar de que me veo forzada a dejarlas por fuera de este texto, no deseo disminuir su importancia. Espero, entonces, que la lista de verificación asista a aquellos que, en la planeación de procedimientos de desmovilización y reintegración, estén resueltos a poner una atención apropiada a lo que requieren estas mujeres no combatientes insertas en estructuras militarizadas para tener una transición más sencilla a la vida civil.

2.2. *La desmovilización de las mujeres combatientes*

La participación de las mujeres en trabajos relacionados con la guerra puede ser dejada de lado porque los estereotipos sobre las labores adecuadas para cada género son frecuentemente re-movilizados después de la guerra, cuando la sociedad se esfuerza por retornar a la "normalidad". En Zimbabwe, las imágenes populares de la guerra de liberación reforzaron la creencia de que las mujeres hicieron su mayor contribución como esposas y como madres. Las mujeres que se opusieron a la reimposición de la autoridad patriarcal fueron despreciadas, y aquellas que habían sido combatientes activas se convirtieron en objeto de burla (Ranchod-Nilsson, en edición). En Namibia, la excombatiente Teckla Shikola observa:

Nadie menciona las contribuciones que las mujeres hicieron durante... la lucha. Esto es verdad en todo el mundo. Nunca se encuentra aprecio por lo que las mujeres hicieron. Los hombres aprecian a las mujeres que cocinaron para ellos, y respetan a las mujeres que pelearon la guerra con ellos, pero después de la independencia, ellos [no] consideran realmente a las mujeres como parte del movimiento de liberación (Shikola, 1998 pp. 147-48).

De manera similar, en Suráfrica, durante las audiencias de la Comisión de Verdad y Reconciliación (CVR), las mujeres únicamente hablaron acerca de lo que les había pasado a sus parejas y a sus parientes masculinos. Sus propias historias sólo comenzaron a emerger cuando un grupo de activistas feministas conminó a la CVR a sostener audiencias privadas para mujeres (Goldblatt y Meintjes, 1996).⁵

Cuando la desmilitarización se pone en marcha, la exclusión de las mujeres soldados de los puestos de toma de decisiones resulta un problema particularmente importante, porque las mujeres que han sido combatientes activas tienen mayor propensión que otras mujeres a ser marginadas en la sociedad en reconstrucción: ellas no ocupan una posición que pueda reconciliarse fácilmente con las ideologías de género predominantes, y por ello las mujeres militarizadas plantean retos únicos en la fase de desmovilización. Al contrario de lo que sucede con los combatientes masculinos, ellas son echadas del ejército, excluidas de las nuevas estructuras políticas, se les niega el acceso a capacitación o tierras, son subestimadas en las organizaciones de veteranos, y se les mira con sospecha y miedo cuando intentan retornar a las vidas que vivían antes de que estallara la guerra (Ranchod-Nilsson, en edición).

Sus experiencias prueban que –a pesar de que algunas de las ideas normalmente aceptadas acerca de la conducta "femenina" puedan suspenderse durante la guerra– las mujeres que contradicen el estereotipo de la conducta femenina adecuada, a través de la participación activa en la violencia bélica, son "usualmente miradas, mucho más que los hombres, como desviadas o

cambiantes requerimientos militares y sus consideraciones sobre las dificultades a que hacen frente estas mujeres forman una sólida base desde la cual comenzar un proceso de planeación para apuntar a sus necesidades específicas

⁵ Ver también el tiraje especial de la revista feminista sudafricana *AGENDA* (43:2000), que se enfoca en las experiencias de mujeres en la posguerra inmediata.

antinaturales" (Byrne, 1996, p. 18).⁶ Para encarar los retos de las mujeres combatientes después de la guerra, la planeación de la desmovilización tiene entonces que tomar conciencia de las diferentes necesidades de los combatientes de cada sexo, y no asumir que un plan de acción será igualmente apropiado para todos los excombatientes.

Antes de que me mueva a realizar sugerencias de cómo lograr cambios positivos, tendré que tomarme un tiempo para considerar los efectos negativos de los procesos de desmilitarización ciegos a los asuntos de género. A través de referencias a desmovilizaciones que no han tenido en cuenta las experiencias de las mujeres combatientes, mostraré que, a menos que las diferentes necesidades de hombres y mujeres –bien sea excombatientes o elementos de apoyo– sean tratadas en forma diferencial, cualquier instrumento diseñado para facilitar la desmovilización y reintegración está propenso a asumir, restablecer o reforzar relaciones de género desiguales en la sociedad en reconstrucción. Como es evidente en las tasas de crecimiento de la violencia de género después de la guerra, esto tiene serias implicaciones en las posibilidades de establecer una cultura del respeto por los derechos humanos a largo plazo.

Anteriormente apunté que la militarización se basa en la movilización de nociones particulares sobre lo que se considera conductas femeninas y masculinas apropiadas, y que los sistemas de género son dinámicos. En relación directa con estas observaciones, podemos concluir que la desmovilización sensible al género tiene importantes implicaciones para la paz y la estabilidad a largo plazo. Tiene un impacto directo en la forma como una sociedad se mueve hacia una verdadera desmilitarización, porque, en las mejores instancias, facilita un cambio profundo, que permite pasar de creer que la agresión violenta puede solucionar los problemas sociales a buscar un compromiso para resolver el conflicto por medios pacíficos, ya sea en el ámbito doméstico, en la comunidad o en la nación como conjunto.

2.3. Los efectos de los estereotipos de género en los procesos de desmilitarización

En contraste con las directrices prácticas existentes para tratar con excombatientes, yo sugiero que la desmilitarización debería ser mirada como un proceso amplio del cual los programas de desmovilización, desarme y reintegración constituyen sólo un aspecto. En adición a estos mecanismos, entonces, se discutirán también otros apoyos para la consolidación de un cambio profundo en la sociedad postconflicto.

La utilidad del término desmilitarización se deriva, en primera instancia, del hecho de que describe "no un fenómeno estático sino un proceso" (Lamb, 2000 p. 120). Obviamente, dada la diversidad de las ideologías culturales, sociales y políticas en diferentes zonas de conflicto, la desmilitarización es un término que depende del contexto. En su concepción más amplia, la desmilitarización tiene dos aspectos significativos. El primero de ellos es la desmilitarización de los aparatos estatales, que implica la deconstrucción de ideologías y de organizaciones militares, así como la reafirmación del control civil sobre el estado y la economía (Willett, 1998). A través de la desmovilización, "un proceso que reduce significativamente el número de personas que son combatientes o están en estructuras de comando militar, incluyendo personal armado oficial, fuerzas paramilitares y fuerzas de oposición" (Kingma y Pauwels, 2000 p. 13), la desmilitarización del estado implica una reducción en armas y en gastos militares, liberando recursos –tanto humanos como de infraestructura– para su utilización en actividades no militares.

⁶ Debido a que los hombres han estado involucrados históricamente en los asuntos del matar, las mujeres han podido tomar nuevos roles sociales en tiempos de conflicto, por ejemplo, en el campo médico o en industrias consideradas esenciales para la guerra (el famoso afiche de "Rosie the Riveter" durante la Segunda Guerra Mundial es probablemente el mejor ejemplo conocido de propaganda de reclutamiento dirigida a atraer a las mujeres hacia formas no tradicionales de trabajo durante la guerra). Como este texto discutirá luego en mayor detalle, una vez que la guerra finaliza usualmente se hacen intentos para retirar a las mujeres de estas profesiones como parte de un proceso de reimposición de las nociones de comportamiento adecuado de género.

El segundo aspecto es la desmilitarización de la sociedad como un todo, lo cual es central para un proceso de rehabilitación nacional. Esto debe ser entendido como un proceso psicológico así como práctico, ya que la desmilitarización sólo puede tener éxito si, después de la desmovilización, hay un compromiso para "la desglorificación de las fuerzas armadas por los medios de comunicación y por la sociedad en general, el retiro de las influencias militares observables en el sistema educativo, y una reducción sostenida de los gastos militares" (Lamb, 2000 p. 122), todo lo cual se apoya sobre estructuras políticas, económicas y culturales más amplias.

Un análisis de los valores de género predominantes es esencial para este trabajo, porque el género tiñe las formas en las cuales todos los demás aspectos de la vida están organizados. El militarismo y ciertas imágenes de masculinidad están estrechamente asociados, por lo que el desarrollo de nuevos ideales de comportamiento masculino es ahora sujeto de estudio, pero prestar una atención similar a los variados roles de las mujeres, especialmente su apoyo en impulsar los procesos de desmilitarización, ha probado ser una tarea excepcionalmente difícil.

Como ya he mencionado, en el centro mismo de la exclusión de las mujeres de los procesos de paz subyace una paradoja paralizante. En primer lugar, el ideal de la mujer como una figura ligada a la crianza, que sólo tiene jurisdicción en la esfera privada del hogar, es muy difícil de desarmar, incluso cuando las mujeres en su comportamiento contradigan al estereotipo. Segundo, mientras que las mujeres pueden estar activas en una variedad de campos en tiempos de conflicto, muchas buscan hacerse tan invisibles como les es posible. Como Julie A. Mertus observa:

El miedo a la violación y el miedo a quedar atrapadas en el fuego cruzado... pueden causar que las mujeres permanezcan en el hogar y se oculten. El miedo a la violencia limita la capacidad de las mujeres para ir a trabajar, recolectar combustible, comprar o hacer fila para recibir la ayuda humanitaria. (Mertus, 2000 p. 8)

Su invisibilidad puede así reforzar la representación de las mujeres como inherentemente pacíficas y ligadas a la crianza –o al menos, vinculadas al hogar–, desde lo cual los hombres pueden argumentar que las mujeres estuvieron menos involucradas en los asuntos de guerra y, por lo tanto, no existe razón por la que deban participar en las negociaciones de posguerra (Anderlini 2000 pp. 28-31). La dificultad para las mujeres combatientes es que este estereotipo de innatamente pacíficas puede movilizarse para permitir a los hombres ignorar a aquellas mujeres que participaron activamente en la guerra. Como hemos visto, para muchas personas es tan molesto admitir que algunas mujeres son capaces de convertirse en guerreras y de apoyar ideologías militares que, antes que admitir que ellas requieren los mismos programas especializados de desmovilización que se implementan para los hombres, prefieren ignorar a las mujeres combatientes en la posguerra inmediata.

Si uno se para a cierta distancia y observa cómo las costumbres sociales más amplias se derivan de las ideologías de género del aparato militar y son usadas para apoyarlas, resulta posible comprender cómo esta marginación de las mujeres en armas es un producto de los procesos de militarización de una cultura completa (Enloe, 2000). Como hemos visto, una sociedad guerrera se apoya implícitamente en viejos y profundamente arraigados estereotipos de conductas apropiadas, tanto en lo femenino (lo privado) como en lo masculino (lo público). De acuerdo con tradiciones muy conocidas, el oficio de las mujeres en la guerra es "mantener el fuego del hogar encendido", lo que implica que son excluidas del contacto directo con el conflicto y localizadas en su "apropiada" esfera doméstica, donde llevan a cabo tareas reproductivas " simplemente de apoyo", como dar a luz y criar a los hijos, cultivar y procesar alimentos, y labores similares. A pesar que este trabajo sea esencial para el funcionamiento de la sociedad en guerra, el considerar a las mujeres al margen de las acciones de guerra, ligándolas a la periferia de la acción "real", permite que se las conciba como pasivas, no esenciales, sin voz y sujetas al poder de decisión masculino (Enloe, 2000; Farr, 2000b; Goldstein, 2001).

En contraste, en la mayoría de sociedades el militarismo es asociado con la masculinidad, con el vigor, y las batallas son libradas en un remoto frente, lejos de la seguridad del hogar (Hill, 2001). Estas actividades involucran hombres que dan forma –a través de lo que se considera actos necesarios de violencia– al futuro político del país. Se supone que las mujeres no sólo son incapaces de perpetrar estos actos de violencia política, sino que son ignorantes o incapaces de comprender por qué son necesarios, y por ello incapaces de hacer valer su propio papel en la reconstrucción después de la guerra.

Con estas ideologías firmemente en su lugar, parece natural que cuando la guerra termine, sean los hombres y no las mujeres quienes predominen en los acuerdos de paz y los procesos de reconstrucción que se pongan en práctica. Esto podría explicar por qué en los diálogos de paz en Arusha, en el conflicto de Burundi, a las mujeres se les dio estatus de observadoras cuando delegados hombres insistieron que "las mujeres no son actoras en este conflicto. Esto no les concierne. No vemos por qué vinieron, por qué nos molestan. Nosotros estamos aquí y nosotros las representamos" (citado en Anderlini, 2000, p. 10). De forma similar, en los diálogos de paz en Dayton que terminaron con el conflicto Bosnia en 1995, "no había mujeres bosnias en la delegación, aun cuando la comunidad internacional estaba muy consciente del trauma que las mujeres experimentaron y de las responsabilidades que ellas deberían asumir durante la reconstrucción" (Anderlini, 2000, p. 28). En Rambouillet, una sola mujer kosovar formaba parte de la delegación para los diálogos de paz, y en los recientes intentos de terminar el conflicto en la República democrática del Congo, la ministra de asuntos extranjeros sudafricanos, Dra. Nkosasana Dlamini-Zuma, ha sido la única delegada mujer prominente (Cock, 2001).

Las ideas, arraigadas en extremo, acerca de los espacios donde habitan las mujeres y los hombres en tiempo de guerra son difíciles de contradecir, a pesar de que en la mayoría de los conflictos el teatro de la guerra no esté confinado a un espacio alejado de la vida civil (Mertus, 2000). Incluso hoy, entre académicos que intentan desarrollar una descripción alternativa de las realidades de la guerra, ha sido muy difícil deshacerse de la idea de que alguna vez existieron guerras donde había un "frente de batalla" –donde los hombres luchan contra otros hombres–, y un "frente del hogar" –donde están localizadas las mujeres y al cual los hombres luchan por proteger–. Es cierto que las guerras de finales del siglo veinte, con su constante incremento de bajas civiles, han ofrecido algunos terribles ejemplos de cuán inapropiado es mantener las nociones de la división espacial de género durante la guerra. No obstante, resulta importante no olvidar que guerras anteriores, como aquellas libradas en el periodo de la expansión colonial europea, se basaron explícitamente en campañas de "arrasar y quemar" contra poblaciones civiles. La destrucción de los hogares de las personas y sus cultivos, así como la violación y asesinato de mujeres y niños, han sido siempre pensadas como devastadoras armas de guerra. Están destinadas a subyugar, psicológica y físicamente, la resistencia de aquellos etiquetados como "el enemigo".⁷

Una cuidadosa deconstrucción de nuestras ideas acerca de los espacios en tiempo de guerra muestra cuán efectivamente los estereotipos de género convierten en naturales las ideas sobre el comportamiento de las personas. Por ello, resulta difícil articular las vías en que la militarización tiene un impacto negativo en las vidas de las mujeres, así como lo tiene en las de los hombres. A pesar de ello, si entendemos –como las feministas nos urgen a hacerlo– que la militarización es promovida y mantenida no sólo por la "ideología de la masculinidad" –con su énfasis en armas, intrigas y machismo–, sino por "ideas, especialmente ideas de la feminidad" (Enloe, 2000, p. xv), se hace claro que una desmilitarización efectiva únicamente puede tener lugar si se crean oportunidades para el examen y redefinición de las identidades de género y su función en el orden social que se revisa. Este proceso de revaluación necesariamente diferirá de una sociedad a otra, y depende de la forma como las ideologías de género funcionaban antes de la guerra, cómo fueron movilizadas durante el conflicto y cómo se espera que funcionen en la posguerra (Goldstein, 2001). Ninguna solución total puede ofrecerse porque, como Guy Lamb menciona, los

⁷ Para un ejemplo contemporáneo de esta tendencia a subestimar el impacto sobre los civiles de las guerras que tuvieron lugar antes del siglo veinte, ver Bridget Byrne (1996).

procesos de desmilitarización están explícitamente "determinados por el contexto y la experiencia histórica" (Lamb, 2000 p. 122).

De acuerdo con Lamb, la desmilitarización tendrá éxito y será sostenible sólo "si existe un ambiente adecuado tanto interno como externo" (Lamb, 2000 p. 122). Esto se posibilita en forma interna por varios mecanismos. En esencia, requiere una reducción en el conflicto violento intergrupo. Si la desmilitarización va a ser sensible al género, esto implica darle una adecuada atención a la violencia contra mujeres y niños, desarrollando programas educativos para reducir dicha violencia, y elaborar mecanismos legales para reducir, entre otros crímenes, la violencia sexual. Todo esto gira alrededor del desarrollo de una voluntad política para diseñar, implementar y monitorear todos los aspectos del proceso de desmilitarización, y requiere un extenso apoyo no sólo de los líderes del país, tanto políticos como militares, sino también del público y de los medios de comunicación (Enloe, 2000, p 103 -107; Cock, 2001).

Buenas relaciones regionales y rivalidad mínima son aportes significativos de la desmilitarización en un sentido geográfico más amplio. Se deben apoyar las coaliciones nacionales y regionales, así como la cooperación internacional. Para alcanzar justicia de género, una asociación con el movimiento feminista internacional resulta algo esencial (Enloe, 2000).⁸ Cuando se toman en cuenta tanto los mecanismos internos como los externos, se hace claro que la desmilitarización es un proceso "complejo y de múltiples facetas". (Lamb, 2000 p. 128, ver también Kingma, 2000b).

A pesar del amplio rango implicado, la desmilitarización es "generalmente vista como el reverso de la 'militarización', un concepto discutido", y el término es evitado por las organizaciones de paz y desarme. Lamb afirma que ésta es una razón por la cual los "análisis de la desmilitarización permanecen poco desarrollados" (Lamb, 2000 pp. 122-123). En su opinión, los estudios existentes carecen de una perspectiva académica. Éstos generan propuestas políticas que son generales y vagas, ofrecen insuficientes detalles para implementarlas "especialmente en situaciones donde los recursos sean escasos" (Lamb 2000 p. 128), y resultan pobres ayudas para identificar y establecer objetivos a largo plazo. Fallan también en dar cuenta apropiadamente de los "orígenes, influencias y uso de la desmilitarización" en diferentes áreas, así como los contextos históricos, nacionales, regionales e internacionales en los que se lleva a cabo (Lamb, 2000 p. 132). Paradójicamente, el mismo Lamb perpetúa estos problemas, al no brindarle atención específica a las formas en que las ideologías de género son movilizadas como aspecto central de la militarización, incluso cuando, como hemos visto, décadas de academia feminista han investigado y analizado este fenómeno (Byrne, 1996; Cock, 1991; Cock 2001; Enloe, 2000; Hudson, 1998).

2.4. Género y políticas identitarias de la guerra

Los países que están emergiendo de situaciones de conflicto violento han sido vistos a menudo como sitios donde existe un potencial de cambio positivo para las mujeres, a pesar del problema de su invisibilidad. Algunos teóricos plantean que la guerra y la postguerra pueden presentar oportunidades para influenciar estructuras políticas y sociales que, en tiempos de paz, están por fuera del alcance de las mujeres.⁹ En esta línea, Matthias Stiefel escribe: "los roles de género y los valores sociales [son] fuertemente afectados por la experiencia de la guerra", de manera que "la reconfiguración de los roles y posiciones de género es parte integral del reto" de la reconstrucción (Stiefel en: Sorensen, 1998, p. iii).

⁸ Los beneficios de esta asociación serán discutidos más tarde en mayor detalle.

⁹ La experiencia de las mujeres sudafricanas, quienes resultan raras por haber podido influenciar de manera exitosa la redacción de una constitución con conciencia de género después de que terminó la guerra del *apartheid*, sugiere, sin embargo, que es sólo en presencia de un movimiento activo de mujeres que se pueden lograr desarrollos positivos después del conflicto (Ver: Vanessa Farr, "A Chanting Foreign and Familiar: The production and publishing of women's collective life writing in South Africa". Tesis de Ph. D. inédita, York University, Toronto, 2002).

Activistas feministas han tratado de capitalizar las oportunidades para un cambio positivo en la participación política de las mujeres, desarrollando instrumentos internacionales bajo el auspicio de las Naciones Unidas. Ya he mencionado la importancia para los derechos de las mujeres de la Resolución 1325. Incluso antes de que esta Resolución existiera, la Plataforma para la Acción de Beijing, firmada en 1995 por 189 países en la Cuarta Conferencia Mundial de las Mujeres de la ONU, fue diseñada para promover la participación equitativa de las mujeres en cada etapa de un proceso de paz, especialmente en la toma de decisiones. Similarmente, la Convención para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer, ratificada a la fecha por 165 países, apela por el uso de cuotas y reservas para incrementar el número de mujeres en todos los aspectos del liderazgo político.¹⁰

Facilitar un proceso de reconstrucción de postguerra equitativo para las mujeres es, con todo, un problema complicado, especialmente porque puede ser difícil determinar exactamente cuándo se puede decir que un país ha salido de un periodo de conflicto.¹¹ Después de catástrofes sociales, puede parecer que han disminuido los niveles de violencia en la sociedad, pero en realidad, puede ser que esa violencia sólo se haya redireccionado (Cock, 2001; Farr 2000b). Esto resulta particularmente cierto respecto de la violencia sexual, que tiende a ocurrir dentro de la esfera doméstica, un ámbito que, como he señalado antes, es considerado en muchos países como una esfera privada separada de los mecanismos públicos de control. Dada la velocidad con la cual las mujeres son relegadas de nuevo a la esfera doméstica después de la guerra (ver Ranchod-Nilsson, en edición, y Shikola, 1998), es mejor ser cautelosos con el punto de vista de Stiefel de que "no es posible regresar a las costumbres de la preguerra" que esperaban que la mujer tuviera un rol subordinado social, política y económicamente.¹² Esta advertencia se justifica particularmente porque cualesquiera que sean los avances políticos que las mujeres han logrado previamente, incluyendo esfuerzos para combatir la violencia doméstica, estos pueden ser borrados de un solo golpe si se gesta otro conflicto.¹³

Es claro que el potencial para alcanzar un cambio positivo para las mujeres en la postguerra está mediado por el hecho que las relaciones de género tienden a polarizarse profundamente en tiempos de guerra y los estereotipos de conductas apropiadas de género son reforzados en forma más estricta (Goldstein, 2001). Pero menos obvio resulta el hecho de que, como la guerra está tan explícitamente conectada a los ideales patriarcales de dominación masculina, los hombres son también víctimas de este conservadurismo: ellos tienen pocas posibilidades de negociar hasta dónde se identifican con el *machismo* de los combatientes. En Suráfrica, por ejemplo, el precio de resistir al estado militarizado del *apartheid* era alto. El encarcelamiento a largo plazo o el exilio eran las únicas opciones para aquellos hombres blancos que se rehusaban a unirse al ejército. Como resultado, la Campaña por el Fin del Enrolamiento (ECC, por sus siglas en inglés), formada en 1983, llegó a ser una de las más fuertes organizaciones anti-apartheid en Suráfrica.

¹⁰ Ver: <http://www.un.org/womenwatch/daw/beijing/platform/> y <http://www.un.org/womenwatch/daw/cedaw>

¹¹ El trabajo de Amanuel Mehreteab sobre la desmovilización y el apoyo para la reintegración en Eritrea ofrece un útil recuento sobre los efectos de este febril estado de no-guerra (Mehreteab, en edición).

¹² Dos artículos sobre Mozambique ofrecen un gran ejemplo de cómo la violencia contra las mujeres se hace invisible a menos que los investigadores estén comprometidos en analizar los niveles de violencia comunitaria desde una perspectiva de género. En sus análisis sobre los éxitos de la desmovilización y el desarme en este país, Lundin *et al*, consideran que un incremento en la violencia, particularmente de armas pequeñas, es un problema, pero que ha sido de alguna forma exagerado (Lundin, Iraê Baptista, Martinho Chachiua, et al. 2000. "'Reducing Costs through an Expensive Exercise': the Impact of Demobilization in Mozambique". En: K. Kingma, ed., *Demobilization in Sub-Saharan Africa: The development and security impacts*. Basingstoke: Macmillan Press, pp. 173-212.). Por contraste, Aleinda António de Abreu menciona que el país está atrapado en una espiral de violencia y reconoce que las mujeres son particularmente vulnerables a sus efectos. Señala que la violación a punta de pistola es un nuevo y flagrante ejemplo de esta violencia. (De Abreu, Alcinda António. 1998. "Mozambican Women Experiencing Violence". En: M. Turshen y C. Twagiramariya, eds., *What Women Do in Wartime: Gender and Conflict in Africa*. Londres y Nueva York: Zed Books, pp. 73-84.).

¹³ A medida que crece el conflicto por tierra en Zimbabue en espera de las elecciones, se evidencia que los derechos de las mujeres están siendo rápidamente erosionados. Las mujeres rurales han sido los blancos específicos de la violencia creciente, y algunas líderes del movimiento de oposición han sido objeto de acoso basado en el género. (Ranchod-Nilsson, en edición).

Sus miembros fueron detenidos o intimidados antes de que dicha organización fuera totalmente prohibida a fines de los años 1980, y los objetores de conciencia fueron tratados en forma mucho más dura que en cualquier otro país del mundo en el momento. Significativamente, uno de los vituperios dirigidos a los miembros del ECC era considerarlos "whimps" –o homosexuales– que objetaban el enrolamiento no por razones morales –por objetar la segregación racista–, sino porque tenían miedo de jugar el papel que les correspondía en una justa campaña contra el comunismo y la infiltración terrorista (Cock, 1991, capítulos 3 y 5).¹⁴

Sin embargo, junto a esta campaña de resistencia continua contra las políticas identitarias del militarismo sancionadas por el estado, muchos hombres se sintieron empoderados por el uso de la violencia como medio de resistencia, especialmente después de la introducción de la campaña de desafío en los años 1980, que buscaba volver ingobernable a Suráfrica por cualquier medio necesario. En la Suráfrica post-apartheid, como Jacklyn Cock ha mostrado recientemente, ha sido extraordinariamente difícil promover una identidad radicalmente diferente para hombres que fueron socializados para considerar la violencia como estrategia política legítima:

El legado social de treinta años de conflicto armado... incluye un nacionalismo militarizado que mira la violencia como una vía legítima de lidiar con el conflicto, así como un medio para obtener y defender el poder... Hay una concepción militarizada de la masculinidad entre diversas categorías y clases sociales que está ligada a la proliferación de armas pequeñas por toda la región. Además, el nacionalismo militarizado está incorporado a todo un rango de significados sociales y promueve mitos de poder y protección. (Cock, 2001 p. 1).

Otro de los efectos a largo plazo de las ideologías de género –que en el contexto de la guerra señala que los hombres “enemigos” tienen que ser destruidos necesariamente porque son peligrosos, amenazantes (especialmente para mujeres y niños) y subversivos– es que todos los hombres, sin importar su edad o capacidad física, son mirados con sospecha. Aun cuando las mujeres y los niños estén siendo atacados en forma creciente, en tiempos de guerra muchos más hombres que mujeres mueren, ya sea porque están enrolados con los militares, o porque son perseguidos y eliminados por considerárseles una amenaza potencial.¹⁵ En reconocimiento a las diversas formas en que la libertad de elección de los hombres resulta comprometida por las exigencias de la militarización, las activistas feministas, al mismo tiempo que han enfatizado la necesidad de prestar una cuidadosa atención a cómo las mujeres son afectadas por la guerra, se han enfocado también en el potencial político de la resistencia masculina. Ellas han argumentado que si nosotros podemos comprender cómo el potencial humano –tanto de hombres como de mujeres– es destruido por estereotipos conservadores de género, así como las vías específicas por las cuales éstos son interpretados en el conflicto armado, podrán surgir coaliciones para la paz mucho más poderosas (Enloe, 1998, 2000).

2.5. *El estatus de las mujeres después de la guerra*

Quizá no esté tan claramente demarcada como la de los hombres, pero la opresión de la mujer en tiempo de guerra, como hemos visto, toma también muchas formas contradictorias. Ya he señalado que su labor, tanto en las esferas militares como civiles, es esencial para mantener la maquinaria de guerra, pero sin embargo es trivializada como “no esencial” (implicando que sólo

¹⁴ Para mayor información sobre la homofobia del régimen del *apartheid* y la resistencia ofrecida por el movimiento gay y lesbiano de liberación, ver: Mark Gevisser y Edwin Cameron (eds.) *Defiant Desire: Gay and Lesbian Lives in South Africa*. Nueva York: Routledge, 1995. Como resultado del rol que jugaron en el movimiento de resistencia personas abiertamente homosexuales, la nueva constitución surafricana garantiza el derecho a la libre asociación sexual. Esto resulta extremadamente inusual en el sur de África, donde los presidentes de Zimbabwe y Namibia continuamente están expresando sentimientos homofóbicos.

¹⁵ Para un análisis del tratamiento del hombre enemigo en tiempos de guerra, ver: Adam Jones, “*Gendercide and Genocide*”. *Journal of Genocide Research*, 2:2 (June 2000), pp. 185-211. [En línea]: http://www.gendercide.org/gendercide_and_genocide.html.

el combate resulta esencial y valioso). Este desprecio de la labor de las mujeres significa que, una vez que el conflicto termina, se supone que ellas abandonen sus actividades temporales de trabajo que los combatientes (hombres) que regresan esperan ocupar. Esto resulta un asunto particularmente apremiante cuando la recuperación económica es lenta y se generan pocos trabajos (Lundin, Chachua et al. 2000). Se espera que las mujeres excombatientes, a diferencia de los hombres, no esperen ninguna retribución –como pensiones, promociones o cualquier otro reconocimiento económico– por el trabajo que han llevado a cabo (Shikola, 1998).

En la esfera social, la preparación para la guerra a menudo resulta en la pérdida de la autonomía corporal de las mujeres (Mertus, 2000; Shikola, 1998; Turshen y Twagiramariya, 1998). Sus cuerpos son frecuentemente expropiados para adelantar políticas pro-natalistas encaminadas a producir más niños que reemplacen aquellos perdidos en batalla o sean capaces de continuar las tradiciones culturales de la nación. Este proceso de elevar a las mujeres al rango de ser las "portadoras del legado cultural de una nación o comunidad" en tiempos de crisis (Byrne, 1996, p. 16), significa, sin embargo, que ellas son extremadamente vulnerables como blancos de violencia sexual (Enloe, 2000). Ésta es una de las razones por las que en los conflictos recientes en Camboya, Haití, Perú, Ruanda, Somalia, Uganda y la antigua Yugoslavia, las mujeres fueron sometidas a violaciones masivas o fueron forzadas a prostituirse como "una parte calculada de la estrategia de guerra" (Mertus, 2000 p. 7).

El fin oficial de la guerra puede no señalar el fin del sufrimiento de las mujeres: su vulnerabilidad física puede implicar que ellas se vean doblemente afectadas. Como si el horror de su terrible experiencia en tiempo de guerra no fuera suficiente, las mujeres violadas pueden llegar a ser percibidas como "bienes dañados", símbolos vivientes de la humillación de la nación y portadoras de los hijos del enemigo.¹⁶

A menudo resulta frecuente que, después de la guerra, una cuestión de orgullo para los sobrevivientes masculinos –especialmente cuando han sido derrotados– sea demostrar su control sobre las mujeres, apelando a costumbres religiosas y culturales que restringen la movilidad de éstas. Los derechos humanos de las mujeres se deterioran rápidamente en sociedades que, una vez finaliza el conflicto, toman un rumbo extremadamente conservador, en un esfuerzo por restaurar una supuesta "Edad Dorada" anterior a la guerra, como resultó evidente en Afganistán bajo el régimen de los talibanes. En situaciones como éstas, se ven rápidamente erosionadas las ganancias políticas que las mujeres consiguieron durante o inmediatamente después de la guerra, sin importar cuáles hayan sido.

El problema primordial de las plataformas para la acción de las Naciones Unidas resulta más visible quizá en países que abrazan ideales fundamentalistas después de la guerra, ya que su firma e implementación son actos voluntarios. Lo que resulta es una situación paradójica: como herramientas para el avance de los derechos de la mujer, los instrumentos internacionales sólo son efectivos cuando, como en el caso de Suráfrica, un país tiene ya fuertes movimientos de mujeres que sean capaces de convencer a los líderes políticos de ratificar y poner en práctica dichos instrumentos.

La Convención para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer (CEDAW, por sus siglas en inglés) y otros acuerdos similares han tenido una utilidad limitada en zonas de guerra como Afganistán, Argelia, e Irak, y casi no han tenido consecuencias en países que hayan salido de un conflicto reciente. En Timor Oriental, por ejemplo, parecen no haber ayudado a las mujeres frente a un liderazgo extremadamente patriarcal y conservador que ha

¹⁶ Delegadas de Ruanda en el Coloquio de Mujeres Promoviendo la Paz en la Universidad de Harvard en 2001 hablaron emotivamente acerca de los efectos de esta actitud en la salud psicológica de las mujeres y de los niños después del genocidio.

sido renuente a facilitar o promover la participación política de las mujeres en los gobiernos de transición y post-conflicto.¹⁷

A pesar de los ideales contrarios, como he mostrado, hay muchas más instancias de mujeres perdiendo terreno político que ganándolo después del fin de un conflicto, y la gran mayoría de las veces esto ocurre porque, a pesar de su implicación activa en todos los aspectos de la vida social en tiempos de conflicto, cuando comienzan los procesos de reconstrucción de la postguerra "las mujeres tienden a desvanecerse detrás del escenario" (Steifel en Sorensen, 1998 p. iii) Como Jacklyn Cock anota, no es sólo dentro de las naciones que la exclusión de las mujeres ha sido normalizada: la política internacional, también, es diseñada por hombres para servir intereses masculinos y apoyar "preocupaciones históricamente masculinas con jerarquía y dominación" (Cock, 2001 p. 2). Debido a que no poseen una voz lo suficientemente fuerte en los procesos de reconstrucción o en el ámbito internacional, la habilidad de las mujeres para influenciar los procesos de desmilitarización y democratización que resultan deseables después de la guerra se ve también frecuentemente debilitada. (Anderlini, 2000 p. 9; ver también Bennett, Bexley et al, 1995; Byrne, 1996; Caprioli, 2000; Cockburn, 1998; Enloe, 2000; Goldstein, 2001; Jacobs, Jacobson et al, 2000; Lindsey 2000; Mertus, 2000; Anderlini, Manchanda, et al. 1999; Reimann, 1999; Sorensen, 1998; Turshen y Twagiramariya, 1998).

En respuesta a este problema, promover el reconocimiento de la importancia de la participación de las mujeres en las negociaciones de paz ha resultado esencial para las políticas feministas de paz, especialmente en las últimas décadas. Es crucial, como afirma Jacklyn Cock, construir desde la perspectiva de las mujeres, ya que la pacificación –cuyos aspectos más importantes ocurren en el nivel de la gente común– "no puede ser dejada a una élite masculina" (Cock, 2001, p. 1). De la misma forma, Sanam Naraghi Anderlini, en su artículo "Las mujeres en la mesa de negociaciones: haciendo una diferencia", subraya que la paz no puede ser alcanzada sin las mujeres, "porque la población civil es altamente responsable de traducir los acuerdos alcanzados en iniciativas concretas para la reconstrucción, mucho después de que la tinta se haya secado en los acuerdos" (Anderlini, 2000, p. 6)

Tan convincentes como estas observaciones parezcan –especialmente para aquellos que sostienen que la menor implicación de las mujeres en el conflicto las hace más capaces de construir la paz–, hay un peligro oculto en ello. Desde la perspectiva de mi observación anterior sobre la necesidad de respetar la diferencia, necesitamos ser cuidadosos en afirmar que los civiles (especialmente las mujeres) estarán más comprometidos en la reconstrucción pacífica que los que no lo son. Un peligro surge cuando, enfocando nuestra atención en los civiles como Anderlini lo hace, dejamos de lado a las mujeres que no son civiles, o que deben su lealtad social y política básica a estructuras militares. Como Jean Bethke Elshtain y Cynthia Enloe han observado repetidamente, las mujeres pueden también ser cómplices en la construcción de identidades de género que apoyen la guerra, y pueden escoger promover activamente la guerra si consideran que esto resulta ventajoso para ellas (Elshtain, 1987, Enloe, 1998; ver también Goldstein, 2001). Ésta es una observación que resulta particularmente importante tener en mente en los análisis de las guerras civiles, donde los combatientes "están a menudo organizados informalmente, [de manera] que la distinción entre civiles y combatientes puede ser borrosa" (Byrne, 1996, p. 5)

Tanto las feministas como otros activistas de paz tienen que cuidarse de apoyar una visión de las mujeres que las catalogue como invariablemente pacíficas (Goldstein, 2001). El reconocimiento

¹⁷ En marzo 16 del 2001, miembros del Concejo Nacional de Timor Oriental para la transición legislativa, rechazaron una propuesta de la ONU sobre cuotas de candidatas mujeres en las listas de los partidos para las elecciones. En su declaración, los miembros del Concejo dijeron que esto apoyaría la "comercialización" de la mujer". Grupos de mujeres protestaron contra la decisión de no avalarla (LUSO: Portuguese News Agency, March 16, 2001). La Unidad de Asuntos de Género de la UNTAET y de UNIFEM están proporcionando entrenamiento para mujeres candidatas políticas, pero está por verse si, en ausencia de un sistema de cuotas, alguna mujer podrá enfrentar exitosamente las próximas elecciones (UNTAET Daily Briefing, 05.04.01).

del potencial de las mujeres para ser cómplices de la violencia organizada es un paso importante en el camino de la deconstrucción de los estereotipos sostenidos comúnmente sobre el comportamiento apropiado de género. En una variedad de formas –incluyendo una justicia transicional en que las mujeres también puedan ser consideradas responsables de crímenes cometidos durante el período de conflicto–, esto tiene importantes implicaciones para el éxito a largo plazo de la desmilitarización y la construcción de la paz, así como para la posición política de las mujeres en una sociedad postconflicto.

3. La desmilitarización desde una perspectiva de género

3.1. El impacto social de los programas de desarme, desmovilización y reintegración

Como resultado de las molestias que ellas suscitan en todos los cuarteles, así como por su relativo bajo número, el grupo de mujeres constituido por combatientes, esposas de soldados y viudas de guerra es frecuentemente ignorado cuando los conflictos se acercan a su final. Consecuentemente, como la Resolución 1325 subraya, las necesidades específicas de este grupo han sido dejadas de lado o poco consideradas en el desarrollo de estructuras de apoyo para la desmovilización, el desarme y la reintegración. Los efectos a largo plazo de esta marginalización pueden ser devastadores (ver Ranchod-Nilsson, en edición, Bruchaus y Mehreteab, 2000). Para empezar el proceso de revisión, en la parte siguiente discutiré cómo ven los planificadores actuales la desmovilización, el desarme y la reintegración, y propondré vías a través de las cuales éstos podrían hacerse más sensibles al género.

La desmovilización es un aspecto importante de la conversión, y es crítica para el desarrollo postconflicto porque libera recursos humanos y materiales. También está estrechamente ligada a la reducción de gastos de seguridad y al manejo exitoso del arsenal de guerra (Kingma, 2000a p. 25). Reflejando la complejidad de la desmovilización como un proceso, el Departamento de Operaciones de Pacificación de las Naciones Unidas (DPKO, por sus siglas en inglés), en su reciente publicación *Desarme, desmovilización y reintegración de excombatientes en un ambiente de pacificación: principios y guías*, observa que "donde termina el desarme, la desmovilización comienza y donde la desmovilización termina, la reintegración comienza" (DPKO, 2000 p. 5). Con todo, a pesar de que ellos clarifican cuán mutuamente dependientes son estos procesos, no enfatizan lo suficiente que estos son sólo medidas de apoyo para la desmilitarización en su conjunto. Ésta es un proceso complejo y a largo plazo, como ya se ha dicho anteriormente, que involucra cambios radicales en los corazones y las mentes tanto de los supervivientes como de los responsables del conflicto.

Como he mostrado, el potencial para un cambio radical después de la guerra depende, hasta cierto punto, del reconocimiento de que los roles de género no son naturales o estáticos, sino que son aspectos del comportamiento social que pueden ser manipulados deliberadamente para alcanzar fines políticos. Esto "tiene que ser entendido si el proceso de un nacionalismo militarizado va a ser correctamente descrito" (Enloe, 1998 p. 56). Los estereotipos de género son mecanismos tan potentes para movilizar sentimientos nacionalistas violentos que, en último término, una comprensión inadecuada de cómo se forman las ideologías de género comprometería el éxito de los programas de desmilitarización.¹⁸

¿Cómo impactan las ideologías de género los programas de desarme, desmovilización y reintegración? Tales programas, debido al gran impacto que tienen en la implementación de

¹⁸ La Asociación Revolucionaria de las Mujeres de Afganistán (RAWA, en inglés) ha expresado ya su temor de que los Estados Unidos y Gran Bretaña, al apoyar a la Alianza Norte en su guerra contra los talibanes y los jehadi, estén apoyando implícitamente el sexismo extremo y estableciendo las bases para la brutalización continua de las mujeres en nombre del Islam. Ellas enfatizan que cualquiera sea el proceso de construcción de nación después de la guerra, las opiniones de las mujeres deben ser consultadas (discusiones por correo electrónico en la lista del servidor de Womenact).

alternativas a la guerra duraderas, son apoyos esenciales en los procesos de paz y fundamentales en la re-construcción de una sociedad post-conflicto. Exitosamente implantados, el desarme, la desmovilización y la reintegración pueden ser un ejemplo de cómo funciona una sociedad post-militar, porque requieren la participación consciente de personas que rechazan la conducta y la ideología militar. Si los civiles, entrenados en el manejo de situaciones post-conflicto, trabajan en cooperación con los militares para implementar los procesos de desmovilización, nuevas conexiones pueden ser establecidas con la sociedad civil. El espectro amplio de una sociedad y sus apoyos (internos, regionales e internacionales) pueden ser preparados para enfrentar y apoyar toda una variedad de ejercicios de desmovilización. Estos incluyen la recolección de armas y la reestructuración de las fuerzas de defensa y seguridad, así como la identificación y creación de organizaciones cívicas y no gubernamentales (ONGs) para monitorear los progresos del proceso de desmilitarización. La desmovilización, el desarme y la reintegración explícitamente requieren que las partes en conflicto se comprometan activamente en ejercicios de construcción de paz, estableciendo una confianza y desarrollando canales de comunicación.

Las mujeres son extremadamente importantes en este ámbito, porque con mucha frecuencia se les deja a ellas la tarea de establecer alternativas cuando el estado está en conmoción. Hay una amplia evidencia de que las iniciativas que ellas establecen desde la sociedad civil, especialmente programas de base que han surgido de la determinación de las personas de sobrevivir al conflicto, no sólo son extremadamente resistentes, sino también supremamente adaptables a situaciones post-conflicto. (Anderlini, 2000; Cockburn, 1998; Mertus, 2000; n.a., 1997; Turshen y Twagiramariya, 1998). Por causa de su tenacidad, los grupos de la sociedad civil deberían ser formalmente reconocidos e impulsados a contribuir significativamente al proceso de reconstrucción. Al trabajar junto a ONGs y organizaciones cívicas, los programas de desmovilización, desarme y reintegración pueden llegar a ser mejor comprendidos, para establecer así las bases para programas de educación pública de amplio alcance con el objeto de consolidar la paz.¹⁹

Aunque estos objetivos de transformación están dirigidos hacia los aspectos prácticos de encauzar los recursos materiales y humanos lejos de propósitos destructivos, resulta obvio que el desarme, la desmovilización y la reintegración tienen un efecto psicológico positivo. Resultan esenciales para la conversión mental, particularmente cuando están basados en alianzas entre el estado reconstruido y la sociedad civil.

3.2. El desarme después del conflicto: Una perspectiva de género

En la publicación del DPKO, el desarme en una situación post-conflicto se define como "la recolección, control y dispersión" de varios tipos de armas, ligeras y pesadas, así como "el desarrollo de programas responsables de manejo del armamento" (DPKO, 2000, p. 15). Tan sensible como suena, este acercamiento implica que el control de armas puede ser llevado a cabo de una manera racional y metódica en el periodo post-conflicto, y que los detentadores de las armas renunciarán a sus armas de buena gana y, en interés de la paz, desarrollarán estructuras para el manejo de armas.

Pero, dado que la posesión y utilización de armas está profundamente ligada a las percepciones de masculinidad en muchas culturas, un desarme exitoso sólo será posible si las construcciones culturales de la masculinidad son directamente tratadas. Esto tiene implicaciones en la forma como se diseñan e implementan los programas de desarme. Las circunstancias del conflicto, el grado en el cual los mecanismos tradicionales de control fueron alterados, y el grado en el cual

¹⁹ Enloe (2000) advierte sin embargo que, en contra de sus mejores intenciones, las estructuras no militares son manipuladas fácilmente para apoyar fines militares. Ver, por ejemplo, su reflexión sobre las dificultades de las feministas en la antigua Yugoslavia, donde incluso "un centro de mujeres contra la violación pudo ser militarizado" por un gobierno en pie de guerra que buscaba movilizar el sentimiento popular contra los hombres enemigos (en este caso, serbios).

los hombres armados han aprendido a confiar en la violencia para resguardar sus intereses económicos, también tendrán un dictamen en las posibilidades de éxito de los programas racionales de control de armas.

En los casos en los cuales un ejército regular ha estado comprometido en el conflicto –o en casos particulares como Eritrea, donde un ejército de liberación respondió positivamente a un llamado a dejar las armas– ha sido posible recolectar las armas de una manera metódica. Sin embargo, en la mayoría de las situaciones en que las guerrillas o los miembros de movimientos de liberación han estado envueltos en conflictos armados, resulta necesario mucho más esfuerzo para ganar su confianza y demostrarles que es seguro dejarlas a un lado, así como para asegurarles que hay alternativas económicas al crimen y para bloquear la circulación de armas a través de rutas de comercio y contrabando permeables (y lucrativas).²⁰ En el sur de África, por ejemplo, a pesar de que ha habido algún éxito en la destrucción de escondites de armas en Mozambique, gracias a un esfuerzo conjunto de las fuerzas de defensa de Mozambique y Suráfrica, la circulación ilegal de armas, así como la alta pobreza y el desempleo contribuyen a que se tengan altos niveles de crimen violento. La violencia de género, especialmente, está en aumento (Cock, 2000; Cock, 2001; Meintjes, 1998; Turshen y Twagiramariya, 1998).

Una estrategia consciente de desarme debería incluir tanto a hombres como a mujeres en lo relacionado con las armas pequeñas, pero esto es complicado por la frecuente relación paradójica de las mujeres con las armas. Mientras es cierto que su proliferación hace la seguridad de las mujeres mucho más precaria, no se puede asumir que las mujeres no participarán en el contrabando y almacenamiento de armas pequeñas y municiones. En Sierra Leona, por ejemplo, las mujeres fueron transportadoras muy activas de armas ligeras (Mansaray, 2000 p. 148). En los combates de liberación en Namibia, Suráfrica y Zimbabwe, aunque relativamente pocas mujeres entraron formalmente en el conflicto armado, un gran número de ellas estuvo comprometido en actividades de apoyo a los conflictos de otras maneras, tales como el contrabando de armas (Goldstein, 2001 p. 82). En los años de combate, la posesión y el uso de armas fueron percibidas como medio legítimo de apoyo a una causa política. Como resultado, actitudes de *laissez-faire* hacia las armas se volvieron normales. En la Suráfrica de hoy, el precio por las actitudes de indiferencia hacia la posesión de armas está siendo pagado con un aumento del crimen armado, así como con muertes accidentales por disparos de armas de fuego, que con frecuencia involucran niños.

Una materia de especulación en el presente es si las mujeres se oponen más activamente a la proliferación de armas pequeñas en una sociedad que los hombres.²¹ Por ello, no podemos asumir que, cuando un conflicto termina, las mujeres podrían liderar el camino hacia el establecimiento de grupos de iniciativa civil para la reducción de armas. A pesar de esto, en su discusión de la desmilitarización de Sierra Leona, Binta Mansaray propone que las mujeres sean moralmente responsables de revertir los efectos de sus actividades de contrabando de armas. Desde su perspectiva, las mujeres también necesitan ejercer su "influencia y autoridad moral" como madres para persuadir y sensibilizar a sus hijos de la necesidad de dejar sus armas, y para actuar como "buenos perros guardianes del vecindario", con el fin de observar y denunciar las actividades de flujo de armas (Mansaray, 2000 p. 157).

Si realmente las mujeres van a convertirse en un recurso en la lucha por el control de armas después de la guerra, se debe dar prioridad a su avance político. Aunque las mujeres puedan tener éxito en influenciar las decisiones tomadas a nivel local sobre cómo debe ser manejado el

²⁰ El tráfico de armas pequeñas, por sí solo, demanda un análisis de género, ya que pueden existir conexiones entre las estructuras y rutas usadas para traficar armas con las usadas para transportar y vender mujeres y niños raptados con fines de esclavitud sexual.

²¹ En la revisión de literatura que realicé para escribir este texto, encontré una sorprendente falta de investigación desagregada por género en cuanto a las actitudes frente a las armas pequeñas. En el momento me encuentro preparando una propuesta para llevar a cabo dicha investigación.

tema de las armas pequeñas, hay peligro de que sus ideas, experiencias y deseos no lleguen más allá de esta esfera informal. En casos en los cuales los objetivos políticos de las mujeres han sido percibidos como secundarios frente a otros temas a desarrollar y han sido puestos al margen – como ha sucedido después de los combates de liberación nacional en países como Zimbabue y, en menor grado, en Eritrea–, o cuando las mujeres mismas han sido dejadas a un lado en las negociaciones de paz –como lo han sido en Burundi–, éstas han tenido pocas oportunidades para impulsar y apoyar programas de desarme a largo plazo o ayudar a reducir los efectos desestabilizadores de las armas pequeñas en el momento de la reconstrucción social (Anderlini, 2000; Turshen y Twagiramariya, 1998).

3.3. *Desmovilización: Una Perspectiva de Género*

La desmovilización se dirige a disminuir o, donde sea posible, a desbandar por completo las fuerzas armadas (gubernamentales y guerrilleras). Esto típicamente se logra reuniendo a los combatientes, acuartelándolos y desarmándolos, y usualmente ofreciéndoles "alguna forma de compensación y otra asistencia para impulsar su transición a la vida civil" (DPKO, 2000, p. 15). El objeto primario de la desmovilización es la remoción de los combatientes de sus roles de contienda tan rápidamente como sea posible.

La desmovilización exitosa reduce el número de miembros de las fuerzas armadas y ayuda a prevenir la participación de combatientes entrenados en conflictos vecinos, donde podrían actuar como mercenarios. La mayoría de los programas se dirigen a capacitar excombatientes y asistir su integración en los procesos sociales y económicos. A pesar de ser un proceso inicialmente costoso, en el largo plazo la desmovilización facilita el redireccionamiento, hacia iniciativas de desarrollo, de recursos económicos que antes de usaron para mantener la guerra (Kingma, 1996, 2000a).

Con las crecientes experiencias de desmovilización, se ha producido un refinamiento considerable de las formas en que se piensa a los combatientes. Las diferencias entre participantes de los movimientos de guerrilla y los conscriptos de un ejército nacional han sido evidentes por largo tiempo, y los planificadores de la desmovilización están comprometidos con el desarrollo de sistemas de apoyo para lidiar con combatientes de diferentes grupos. La mayoría de los estudios contemporáneos son también cuidadosos en diferenciar entre los combatientes sobre la base de su sexo y edad y enfatizar en sus diferentes necesidades físicas y psicológicas. Cada vez más, estos reflejan preocupaciones específicas acerca de los niños soldados.²²

Después de la adopción de la Resolución 1325, las mujeres soldados están oficialmente en la agenda de los planes de desmovilización. Existen todavía, sin embargo, omisiones significativas en las formas como las "necesidades especiales" de las excombatientes son tratadas; omisiones que la lista de verificación al final de este documento busca corregir. Problemas como su necesidad de seguridad en la etapa de acantonamiento, las dificultades para que reciban pagos en áreas donde las mujeres no pueden abrir cuentas bancarias, y su autonomía en los asuntos de reasentamiento deberían ser tratados más cuidadosamente, preferiblemente a través de una mayor referencia al trabajo feminista sobre las mujeres en la guerra que se ha producido en los últimos veinte años. La publicación del DPKO es un ejemplo de las dificultades que todavía rondan los esfuerzos oficiales para darle una perspectiva de género a los procesos de desmovilización. Si bien hace un esfuerzo para darle una perspectiva de género a su trabajo, al referirse tanto a hombres como a mujeres soldados, tipifica un acercamiento al problema del tipo "añada las mujeres y revuelva", ya que los autores no han examinado, con el suficiente cuidado, los retos prácticos que pueden surgir cuando sus estrategias se aplican a las mujeres soldados.

²² Para trabajos recientes sobre niños y guerra, ver las conclusiones de la Conferencia Internacional sobre Niños Afectados por la Guerra realizada en Canadá en Septiembre de 2000. (<http://www.waraffectedchildren.gc.ca/menuue.asp>).

Las múltiples facetas de un proceso de desmovilización exitoso deben ser consideradas desde la perspectiva de las mujeres soldados, de las esposas de combatientes y de las viudas de guerra, ya que necesitan ser implementadas de manera diferente para alcanzar a este grupo. En la siguiente sección, reflexionaré sobre cómo darle perspectiva de género al apoyo para la desmovilización. Enfatizaré que los planificadores deben reconocer que la habilidad de las mujeres soldado y otras mujeres militares para enfrentar la vida civil, al igual que la de los hombres, es influenciada por sus capacidades y experiencias, sus visiones de la violencia como un medio legítimo para alcanzar objetivos políticos, su adaptabilidad a diferentes circunstancias económicas y culturales, y sus niveles de estrés físico y psicológico.

3.3.1. Definición del estatus de combatiente

En el proceso de reunir a los soldados, ¿serán las mujeres siquiera llamadas a reportarse?²³ Que sean o no contadas como miembros legítimos de la milicia –y por ello recibirán el beneficio de las ayudas para la desmovilización– dependerá de dos cosas. Primero, el rango de las mujeres y su estatus durante el periodo de conflicto resultará significativo. Debido a que a las mujeres soldados sólo se les permite ocasionalmente tomar parte en el combate activo durante la guerra, ellas tienen mayor dificultad que los hombres para alcanzar posiciones de importancia en la estructura militar (Byrne, 1996; Cock, 1991). Esto afecta negativamente su habilidad para negociar su desmovilización y reintegración después del conflicto. Cuando la desmovilización es voluntaria o gradual, las mujeres tienden a estar sobre-representadas en las tropas que son instantáneamente retiradas del combate.²⁴ Esto no debería asumirse siempre como su primera opción, particularmente en un medio donde asegurar otro trabajo pagado es difícil. Hay también evidencia de que al acceso de las mujeres al estatus de veteranas después de la guerra puede verse comprometido por los criterios de selección o por comités que se rehúsen a validar su experiencia en el conflicto (de Watteville, 2002).

La clasificación de las mujeres como soldados o como otros apoyos militares tiende a ser influenciada por la reafirmación de ideologías de género que afectan las percepciones en la postguerra de su rol en el conflicto. Si se percibe que ellas participaron en un combate legítimo por la liberación, como ocurrió con las mujeres soldados en Zimbabwe o Eritrea, entonces habrá al menos cierta propensión a tomar algunas medidas formales para facilitar su desmovilización y reintegración.²⁵ Sin embargo, si la situación después del cese al fuego es todavía insegura, las mujeres soldados pueden pretender ser civiles con miras a escapar de la retaliación. En Namibia, las mujeres guerrilleras regresaron a casa, cambiaron sus prendas militares por vestidos –considerados atuendos civiles apropiados según el género– y fueron enviadas a campos de refugiados antes que a campos de desmovilización, donde no recibieron beneficios, capacitación o apoyo psicológico para ayudarlas a la reintegración (ver también Mansaray, 2000; Shikola, 1998).

Sin embargo, si las mujeres hacen parte de un grupo armado que es derrotado o que continúa siendo percibido como ilegítimo, ellas enfrentarán una estigmatización extrema e incluso peligro en la postguerra inmediata. En países que instauran una ideología de género muy restrictiva después de la guerra, las mujeres que estuvieron activas en el conflicto, sin importar el rol que hayan cumplido, tienden a ser invisibilizadas en el proceso de desmovilización debido a la amenaza que suponen para dicha ideología (Turshen y Twagiramariya, 1998).

²³ De nuevo, cuando las mujeres han participado principalmente en movimientos guerrilleros, su estatus como combatientes puede ser difícil de determinar, como lo fueron, por ejemplo, en Zimbabwe y Sierra Leona (Ranchod-Nilsson; Mansaray, Binta. 2000. "Women Against Weapons: A Leading Role for Women in Disarmament". En: A. Ayissi y R.-E. Poulton, eds., *Bound to Cooperate: Conflict, Peace and People in Sierra Leone*. Ginebra: UN Institute for Disarmament Research, pp. 139-162).

²⁴ Para estadísticas desagregadas por género sobre la primera desmovilización en Eritrea, ver Mehreteab (en edición). Ver también Ranchod-Nilsson en Zimbabwe.

²⁵ Aunque las mujeres fueron incluidas en la primera fase de desmovilización en ambos países, su estatus declinó rápidamente en el periodo de la postguerra (Mchrethead, en edición; Ranchod-Nilsson).

En la literatura que he consultado para la preparación de este texto, hay una amplia evidencia de que el manejo justo y exitoso de las mujeres combatientes durante la fase de desmovilización está basado en el estatus político de las mujeres en el país. Dado que en esta fase se hace mucho énfasis en sesiones de instrucción, y a menudo existen oportunidades para capacitación y entrenamiento técnico, la desmovilización representa una oportunidad ideal para asegurar que las mujeres veteranas sean educadas sobre sus derechos políticos. En la lista de verificación propongo, además, que a aquellas que estén deseosas de entrar a la arena política se les debería ofrecer educación, capacitación y contacto con grupos de mujeres consolidados, así como otras formas de apoyo para facilitar su entrada como líderes a la arena política. La desmovilización resulta también una fase particularmente apropiada para asegurarse de que las autoridades de gobierno estén conscientes de que las mujeres militares existen y la necesidad de éstas de ser tenidas en cuenta en la planeación y financiación del apoyo para la reintegración.

Como la integración de las mujeres combatientes en el ámbito político es una meta con miras al futuro, los procesos de desmovilización y reintegración representan una oportunidad ideal para construir las bases que permitan lograr cambios a largo plazo en el estatus político de las mujeres excombatientes.

3.3.2. Acantonamiento de combatientes

Asumiendo que las mujeres cumplen los criterios para la desmovilización, la siguiente dificultad que surge es el problema de acomodarlas durante la fase de acantonamiento. Idealmente, el acantonamiento debería durar poco para reducir los peligros a la seguridad y a la salud, y sobre todo los costos (Colletta, Kostner et al, 1996a, p. 23). La evidencia de varias experiencias de desmovilización muestra que las familias de los soldados tienden a unírseles si el acantonamiento dura demasiado (Colleta, Kostner et al, 1996a, Kingma, 2000a). Si esto sucede, las necesidades de las mujeres no combatientes se volverán también un asunto por el cual preocuparse, y es probable que su presencia desencadene complejas reacciones en los militares, quienes tienen una larga tradición de explotar o invisibilizar a quienes consideran meras "seguidoras de campamentos" (Enloe, 2000, ver especialmente capítulos 2 y 3)

Uno de los problemas más graves en la fase de acantonamiento es el peligro de la violencia contra la mujer, especialmente de la violencia sexual. Si mujeres militares van a ser llevadas al campamento, se deben hacer arreglos para asegurar su seguridad. Si la educación y la capacitación comienzan en esta fase de acampamento, es una oportunidad ideal para despertar la conciencia del personal desmovilizado sobre los problemas de la violencia sexual, el VIH / SIDA y los derechos de la mujer en el contexto más amplio de los derechos humanos (Carballo, Mansfield et al, 2000). Las mujeres –que generalmente sufren una mayor incidencia de esta violencia que los hombres– no deberían, sin embargo, ser los únicos objetivos de los programas de información. Los soldados también deberían ser educados acerca de los derechos de la mujer, especialmente de su derecho a la autonomía sexual, y ser concientizados sobre las penas que se pueden aplicar contra los agresores sexuales. En mi opinión, el reconocimiento del derecho de las mujeres a vivir en una sociedad libre de violencia de género es uno de los cambios psicológicos más importantes que se pueden instituir en los soldados varones después de la guerra, y tiene profundas implicaciones para la reconstrucción de la sociedad y la sostenibilidad de una paz a largo plazo (Farr, 2000a; 2000b)

En la lista de verificación, sugiero que la fase de acampamento ofrece una oportunidad para impulsar el compromiso de la sociedad civil en el desarme, desmovilización y apoyo a la reintegración. Ya que una meta es educar a las mujeres militares acerca de sus derechos políticos y su rol potencial después de la desmovilización, mientras ellas están acantonadas se deberían hacer esfuerzos para integrarlas a estructuras de apoyo tales como el movimiento de mujeres y ONGs locales. Corresponde además a los planeadores y a los capacitadores de los programas de desmovilización asegurar que las expectativas de vida de las mujeres fuera de la milicia no sean irreales. La evidencia de las zonas de postguerra indica que la reintegración exitosa puede verse severamente impedida cuando los soldados no han sido preparados adecuadamente para las

dificultades de la vida civil (Chitiyo, 2000; Colleta, Kostner et al, 1996a; Mehreteab, en edición; Turshen y Twagiramariya, 1998).

Finalmente, la fase de acampamento ofrece una oportunidad para investigaciones e indagaciones que pueden resultar significativas para propósitos de planeación (incluyendo las lecciones aprendidas), y también para el posterior monitoreo del proceso de desmovilización. Experiencias pasadas han mostrado que para mejorar los ejercicios de desmovilización futuros, resulta esencial la recolección de información desagregada por género, que sea específica para las experiencias de las mujeres y refleje fielmente sus intereses.²⁶

3.4. *La reintegración: Una perspectiva de género*

El periodo de rehabilitación y reintegración es normalmente un largo período para la mayoría de excombatientes. Este hecho debe ser reconocido desde el principio para asegurar estabilidad a largo plazo y la construcción de la paz. A pesar de que usualmente se haga prioridad en asistir a los excombatientes para que puedan volverse económicamente independientes, a menudo es la dificultad de estos para reintegrarse en las redes sociales lo que constituye el mayor reto (Kingma, 1996). A menos que se haga un acercamiento holístico, las dificultades para negociar un nuevo rol social pueden hundir todos los esfuerzos para la reintegración del personal exmilitar. La reintegración no es sólo una fase entre el conflicto y el desarrollo: requiere un proceso a largo plazo de negociación de roles y de rehabilitación psicológica. Sin un énfasis apropiado en este aspecto de la transición postconflicto, hay menos probabilidad de que las metas de desarrollo tengan éxito.

Los programas de reintegración proveen asistencia a antiguos combatientes para incrementar el potencial de la reintegración social y económica de ellos y sus familias en la sociedad civil (DPKO, 2000; Pauwels, 2000). Estos programas incluyen una gran variedad de iniciativas –como la capacitación para la generación de ingresos, la creación de empleos, el cuidado en salud, los pagos en dinero o compensaciones de otro tipo–, todas las cuales son diseñadas para facilitar diferentes aspectos de los procesos de reintegración. Sin embargo, cuando la infraestructura de un país ha sido devastada, como, por ejemplo, en Mozambique, las medidas de alivio de la pobreza pueden no tener mucho impacto económico.²⁷ Al final, pueden hacer poco para resolver los problemas familiares y fallan en la generación de desarrollo (Lundin, Chachua et al, 2000, p 188).

Algunos analistas afirman que la reintegración tiene tres aspectos: el social, el político y el económico (Colleta, Kostner et al, 1996a; Kingma, 2000b). Debido a que las cuestiones de salud mental están en la base de los desafíos enfrentados por los combatientes después de la guerra, una consideración de los efectos psicológicos del estrés postraumático durante la reintegración resulta entonces esencial.

Los excombatientes pueden haber vivido por muchos años dentro de las rígidas estructuras de grupos militares o paramilitares, y por ello deben ser preparados para enfrentar un mundo donde sus necesidades no serán ya satisfechas por una estructura militar (Bruchhaus y Mehereteab, 2000). Aún más, el componente de reintegración social de los programas de desmovilización debe dirigirse no sólo a facilitar a los soldados y a quienes dependen de ellos la entrada a la vida civil, sino también a ayudar a cambiar las actitudes sociales hacia los soldados (Lundin, Chachua,

²⁶ Un reporte del Banco Mundial, titulado *Case Studies in War-to-Peace Transition*, menciona frecuentemente que había insuficiente información sobre las mujeres (Colletta, Nat J., Markus Kostner, et al. 1996a. *Case Studies in War-to-Peace Transition: The Demobilization and Reintegration of Ex-Combatants in Ethiopia, Namibia and Uganda*. 331. Washington D.C.: World Bank).

²⁷ Ciertamente, hay una evidencia creciente de que los esquemas de redistribución de la tierra en el sur de África, que se diseñaron para ser la vanguardia de los procesos de reconstrucción después de las guerras de liberación en la región, "han traicionado a los campesinos de la región en favor de las ganancias rápidas y de los beneficios a corto plazo" (samaYende y Arenstein, 2002; ver también Chitiyo, 2000).

et al, 2000). El proceso de reintegración económica ayuda a los excombatientes a hallar nuevas formas de ganarse la vida. Después de todo, los combatientes, aparte de experiencias extremadamente diferentes durante la guerra pasada, en los niveles más prácticos tienen mucho en común con todos los otros sobrevivientes del conflicto. Necesitan hallar un hogar, ser educados, reunidos con los miembros perdidos de su familia, y tratados por problemas psicológicos y heridas físicas. La reintegración política, cuya importancia ha sido repetidamente enfatizada por Kees Kingma (Kingma, 2000a; Pauwels, 2000), ayuda a que los excombatientes se vuelvan ciudadanos responsables y pacíficos con influencia en los procesos de toma de decisiones de su comunidad.

Saber que la reintegración de excombatientes en la vida civil se hace en el mejor interés de la sociedad entera, no la convierte en una tarea menos pesada, especialmente dado que mujeres y hombres deben recibir diferentes tipos de apoyo. En la siguiente sección de este texto, consideraré las formas en que se deben diseñar los programas de reintegración social, económica y política para dirigirse a las experiencias, necesidades e intereses particulares de las mujeres.

3.4.1. La reintegración política

Los procesos de reintegración necesitan enfatizar la promoción de una mayor participación política de los excombatientes, en particular de las mujeres. En efecto, la reintegración política y económica de las mujeres depende del hecho de estar ampliamente representadas en el gobierno de un estado postconflicto. La lista de verificación que se agrega a este texto propone vías por las cuales, desde la fase de acampamento en adelante, el establecimiento de redes con movimientos de mujeres y con ONGs, así como un compromiso con la educación política de las mujeres, pueden hacer parte del proceso de desmovilización. La promoción de la participación política de las mujeres es un proyecto a largo plazo. Pero incluso en las primeras etapas de planeación del postconflicto debe entenderse que, sin una adecuada representación, las mujeres tendrán pocas oportunidades de influenciar la reconstrucción de la nación, estarán mal equipadas para resistir potenciales reacciones contra la implementación de sus derechos y, sobre todo, se les negará la posibilidad de participar en el amplio proceso de desmilitarización que se necesita al final de un periodo de conflicto armado.²⁸

3.4.2. La reintegración económica

Al principio de este texto, mencioné que algunos académicos ven la postguerra inmediata como un espacio potencial de ganancias positivas para las mujeres. En esta sección, discutiré cómo un proceso de desmovilización y reintegración sensible al género puede, sin duda, contribuir al avance de los derechos de las mujeres en la esfera económica.

Una de las mayores necesidades de los excombatientes y de sus familias es el acceso a tierra y techo, pero al mismo tiempo, la pérdida de acceso a la tierra es una de las mayores desventajas enfrentadas por las mujeres solteras después de la guerra (Turshen y Twagiramariya, 1998).²⁹

²⁸ Suráfrica, que constituye una excepción entre los países africanos por haber sido consciente al género en su reconstrucción después del *apartheid*, prueba la importancia de estas afirmaciones. A diferencia de la participación de las mujeres en los países vecinos –especialmente en Zimbabwe y Namibia–, la participación de las mujeres surafricanas en las estructuras políticas formales ha aumentado sostenidamente desde el advenimiento de la democracia, y se ha mantenido fuerte la conciencia de la importancia de la sensibilidad al género en el manejo de la caída del *apartheid*. Los efectos de las políticas de género del país se hicieron evidentes en la reciente “Conferencia Mundial de las Naciones Unidas contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia e Intolerancias Relacionadas”, que se llevó a cabo en Durban del 31 de agosto al 7 de septiembre del 2001. El problema del género fue prominente en la agenda, hasta un punto sin precedentes en una reunión de las Naciones Unidas cuyo tema no era específicamente las mujeres. El que la conferencia haya sido precedida por una mujer surafricana, la Dra. Dlamini-Zuma, resulta también un signo esperanzador de la realidad del compromiso del país con los derechos de la mujer.

²⁹ Eventos recientes en Zimbabwe, donde los veteranos de guerra han llegado a tener una militancia creciente en relación con el problema de la distribución de la tierra, subrayan la importancia del desarrollo de una política integral de tierras. Tapera Kons Chitiyo ofrece un análisis profundo de la historia de la crisis de la tierra allí, pero no

Por ello, al asegurar el derecho a la tierra para los excombatientes, las necesidades específicas de las mujeres deben tenerse en cuenta, particularmente cuando las prácticas tradicionales no favorecen la aceptación de hogares encabezados por mujeres. En algunos países de África, como las mujeres no pueden poseer tierras, éstas se han involucrado predominantemente en el trabajo agrícola ocasional que, aunque puede proveerles una pequeña entrada, hace poco para asegurar su supervivencia por encima del nivel de subsistencia (Sorensen, 1998, p.29).

Se debe recordar que el solo acceso a la tierra puede no resultar suficiente para mejorar la posición económica de las mujeres. Incluso después de que la tierra haya sido garantizada, puede ser necesario enfrentar dificultades adicionales relacionadas con el acceso o con la incapacidad física de las mujeres para llevar a cabo las pesadas labores agrícolas (W/Giorgis, 1999). Ellas pueden también enfrentarse a problemas como tabúes relacionados con el uso de ciertos implementos o animales, o el cultivo de ciertos alimentos por mujeres. Esto apunta a recalcar que las costumbres sociales basadas en el género se entrelazan de formas complejas, y los planeadores de programas deben considerarlo para enfrentar con éxito las necesidades de las mujeres militarizadas.³⁰

El tema del uso de la tierra señala una de las formas en que la participación de las mujeres excombatientes en la economía se considera poco y por ello resulta mal planeada. En ambientes más urbanos, las mujeres desmovilizadas se ven también afectadas por fallas en realizar una aproximación holística a los desafíos que ellas enfrentan. Por ejemplo, a causa de que las mujeres rara vez alcanzan posiciones militares de alto nivel, su experiencia de trabajo en la milicia puede ser despreciada. A pesar de que recibieron entrenamiento tanto durante el periodo de conflicto armado como durante la desmovilización, pueden ser marginadas de la fuerza de trabajo por el hecho de que no se les ofrezca una acreditación formal de las habilidades que han adquirido (de Watteville, 2002). Incluso cuando las mujeres están tan bien capacitadas como los hombres, no logran tener el mismo éxito en su entrada a la fuerza laboral (Sorensen, 1998, p. 36). Esto puede tener el efecto de enclaustrarlas en trabajos mal pagados y sin protección social. Sus habilidades no reconocidas son desperdiciadas y sus creativos esfuerzos para mantenerse a sí mismas y a sus familias se pasan por alto. Ambas formas de exclusión representan una tremenda pérdida en un contexto de postconflicto.

Hay evidencia que mujeres entrenadas en formas no tradicionales de trabajo experimentan dificultades para encontrar un empleo después de la guerra (Sorensen, 1998; Mehreteab, en edición). Su marginalización económica es el resultado no sólo de una resistencia a que las mujeres entren en nuevos sectores de la fuerza laboral, sino que también puede resultar una manifestación de la reafirmación del control sobre la libertad de movimiento de las mujeres. En países donde las mujeres han entrado exitosamente en sectores anteriormente dominados por los hombres, como el comercio entre fronteras, ellas son a menudo estigmatizadas como prostitutas. En el hogar, ellas corren el riesgo de convertirse en objeto del resentimiento, porque las mujeres exitosas con frecuencia experimentan una violencia creciente por parte de sus compañeros menos exitosos (Turshen y Twagiramariya, 1998). Estos peligros prueban que las ganancias en equidad de las mujeres dentro de una estructura militar no necesariamente se pueden asumir como irreversibles o capaces de resistir la poderosa influencia de las normas de género en el mundo civil. De hecho, las "estrategias económicas de las mujeres" pueden llevar, quizás en forma indirecta, a una exacerbación de "las tensiones de género en diferentes ámbitos" (Sorensen, 1998, p. 32).

menciona si las mujeres veteranas han sido o no afectadas, cómo lo han sido ni si se han involucrado en el debate (Chitiyo, 2000).

³⁰ Existe un vasto cuerpo de literatura desarrollado por las feministas donde se han discutido muchos de los problemas relacionados con el acceso de las mujeres a la tierra. La lista de verificación que aparece como apéndice de este artículo, en extrapolación de aquella literatura, enumera una serie de aspectos que tienen que ver con el acceso a la tierra después de la guerra, incluyendo preguntas sobre cómo ayudar a las mujeres para que puedan trabajar su propia tierra con miras a que consigan obtener más que simplemente mantenerse a sí mismas y a sus familias.

Finalmente, en todos los países del mundo el trabajo de las mujeres no transcurre únicamente en la esfera pública, y aquí también las ideas estereotipadas sobre el "trabajo de las mujeres" afectan las formas en que este trabajo es valorado –o invisibilizado (Luxton, 1980)–. Cuando el trabajo femenino en el hogar (como el cuidado de niños o ancianos) no se tiene en cuenta, o cuando su trabajo fuera del hogar (como la producción de alimentos o los servicios sexuales) es visto como una mera extensión de sus tareas domésticas, se refuerza la percepción de las mujeres como seres dependientes de los proveedores masculinos (Ranchod-Nilsson, en edición).

Para hacer que las mujeres desmovilizadas consigan ser económicamente viables, resulta necesario mucho más que el simple ofrecimiento de programas de capacitación. Aunque durante los procesos de desmovilización debe hacerse énfasis en lograr que las mujeres consigan la independencia económica, los planeadores también necesitan entender las implicaciones de las actividades de reconstrucción para el éxito político de las mujeres en un espectro más amplio. En último término, la desmovilización tiene más posibilidades de promover exitosamente una paz duradera si puede ser vista como parte de la curación de la sociedad entera. Puede convertirse en un medio para encontrar mecanismos que permitan a las personas sobrepasar los límites de los estereotipos de género, lo que desde el punto de vista feminista constituye un hito fundamental en la vía de una transformación social.

3.4.3. La reintegración social

Cuando los soldados son desmovilizados, pueden encontrarse ellos mismos en una posición social ambivalente. Pueden haber perdido todo sentido o conocimiento de "hogar" y familia; o haberse casado con una persona de un grupo social o pertenencia geográfica diferente y estar incapacitados para regresar a su hogar original. La duración de su servicio militar será un importante factor para determinar los lazos sociales actuales de los ex-soldados, especialmente si han formado relaciones con otro personal militar (Bruchhaus y Mehreteab, 2000 p. 15).

Cuando tienen que establecerse en una vida postconflicto sedentaria, las mujeres soldados, así como las esposas y viudas de los combatientes, pueden descubrir que los matrimonios o las relaciones de pareja contraídos durante el conflicto se ven alterados completamente por el fin de la guerra (Mehreteab, en edición). Particularmente en países que están basados en una economía agraria, donde el estatus social depende ampliamente del acceso a la tierra, y donde el acceso mismo a la tierra depende del género, los lazos familiares de su compañero afectarán profundamente la conexión o desconexión de las mujeres con su comunidad de origen.

El matrimonio y las prácticas en torno al uso de la tierra están a menudo profundamente relacionados en las economías agrarias y, dado el desplazamiento que produce una guerra a gran escala, pueden proveer un espacio significativo de reintegración social. Donde la infraestructura social ha sido tan severamente dañada por la guerra que los programas oficiales resultan inadecuados para las tareas de reconstrucción, la buena voluntad comunitaria y "un compromiso para sobrevivir y proveer una mejor vida para sus parientes y recién conocidos" –en particular a través de prácticas matrimoniales tradicionales– pueden proveer a los excombatientes acceso a tierras, familia y estatus social (Lundin, Chachiu et al, 2000, p. 190).

A pesar de ello, puede ser que sólo los excombatientes hombres se beneficien de esta adaptabilidad.³¹ Debido a las nociones de pureza sexual de las mujeres, la creación de un hogar

³¹ Lundin et al, escribiendo acerca de Mozambique, sólo documenta situaciones de hombres excombatientes que han sido bienvenidos dentro de sus nuevas comunidades (Lundin, Irac Baptista, Martinhi Chachiu, et al 2000. "Reducing Costs through an Expensive Exercise": the Impact of Demobilization in Mozambique". En: K. Kingma, ed., *Demobilization in Sub-Saharan Africa: The development and security impacts*. Basingstoke: Macmillan Press, pp. 173-212). Alcinda António de Abreu, enfocándose en la posición de las mujeres en Mozambique, no ofrece una versión tan positiva sobre la reintegración de las mujeres excombatientes a través del matrimonio (De Abreu, Alcinda António. 1998. "Mozambican Women Experiencing Violence". En: M. Turshen y C. Twagiramariya, eds., *What Women Do in Wartime: Gender and Conflict in Africa*. Londres y Nueva York: Zed Books, pp. 73-84).

en una nueva comunidad con frecuencia resulta imposible para ellas (Turshen y Twagiramariya, 1998), Especialmente en casos donde las mujeres jóvenes son raptadas por soldados para que se conviertan en sirvientas, prostitutas o incluso guerreras, es pequeña la probabilidad de que sean capaces de regresar a su comunidad de origen, incluso si son abandonadas por los hombres que las removieron de su hogar por la fuerza (Ayissi y Poulton, 2000; Turshen y Twagiramariya, 1998). Como resultado de su inadecuado acceso a los recursos, las comunidades de mujeres cabezas de hogar son forzadas a menudo a subsistir en las fronteras de la sociedad, donde son sujeto de una "inmensa inseguridad", tanto física como emocional (De Abreu, 1998 p. 76).

Tanto si han sido soldados como si han desarrollado tareas no militares, las mujeres con compañeros militares (y posiblemente niños dependientes) están propensas a tener poco poder de decisión sobre el lugar donde vivirán después de la desmovilización. De la misma forma, particularmente en países con roles de género estrechamente definidos, los beneficios de permanecer casada sobrepasarán las desventajas, ya que el matrimonio le da a la mujer estatus social y acceso a la tierra, la posibilidad de una mayor estabilidad económica y protección frente a la violencia postconflicto (Turshen y Twagiramariya, 1998, p. 16) A pesar de ello, también es cierto que las mujeres que siguen a su compañero a una nueva área pueden tener que enfrentar, además de sus demás cargas, el problema de tratar de adaptarse a una nueva cultura donde están aisladas socialmente, debido a que son percibidas como "forasteras" (Bruchhaus y Mehreteab, 2000 p. 120). Esto puede resultar particularmente complejo en sociedades polígamas, donde la falta de hombres después de la guerra puede llevar a las mujeres a aceptar "posiciones subalternas como terceras o cuartas esposas". Una de las dificultades de la poligamia para las mujeres excombatientes es que, aunque pueda ser visto "como preferible a la dependencia de parientes mezquinos o a la prostitución" (Turshen y Twagiramariya, 1998 p. 16), si una mujer excombatiente viene del exterior de una comunidad como una entre varias esposas, esto puede hacer su posición mucho más precaria (W/Giorgis, 1999).

En especial entre los movimientos guerrilleros, existe evidencia de que las relaciones entre hombres y mujeres soldados terminan después del periodo de conflicto porque, a su regreso a la vida civil, los hombres encuentran fácil y ventajoso "olvidar" la equidad de género practicada en la milicia (Mehreteab, en edición; Shikola, 1998). De repente, las mujeres excombatientes pueden ser consideradas como demasiado emancipadas. En Eritrea, para citar un ejemplo de los efectos de esta actitud, estas mujeres con frecuencia se ven reemplazadas o aventajadas por una esposa más sumisa (Mehreteab, en edición). Irónicamente entonces, dada la imagen tradicional del carácter masculino de la vida militar, uno de los aspectos más difíciles de afrontar por las mujeres desmovilizadas es el de ser asimiladas en una sociedad donde los estereotipos de género son mucho más rígidos que dentro de la estructura militar. (Shikola, 1998).

Aquí, las ideologías de género tienen una influencia en dos direcciones al menos: en un nivel práctico, las excombatientes que están entrenadas en trabajos no tradicionales pueden ser incapaces de encontrar un trabajo o un mercado para sus productos (W/Giorgis, 1999 p. 93). En un nivel social, pueden encontrar un amplio rango de problemas si ellas ignoran o no validan las nociones de comportamiento de género adecuado (Bruchhaus y Mehreteab, 2000 p. 110). Como hemos visto, las mujeres excombatientes sufren al ser etiquetadas como moralmente laxas o subversivas. Son percibidas como un peligro para el orden tradicional de la sociedad donde se han introducido (Ranchod-Nilsson, en edición) y, frecuentemente, a causa de su inseguridad económica o física, se ven empujadas a relaciones que refuerzan el bajo estatus y la sumisión o se ven forzadas a subsistir en los márgenes de la sociedad (Turshen y Twagiramariya, 1998).

Las acciones de las mujeres y los hombres durante la guerra pueden ser juzgadas de manera diferente por la comunidad, y por causa de la ceguera al género, en las comunidades rara vez se negocian espacios donde se discutan y comprendan las decisiones que a veces las mujeres se ven obligadas a tomar en tiempo de guerra. Mujeres que son conocidas por haber tenido relaciones con hombres enemigos pueden ser denigradas por la comunidad, como lo fueron en Burundi, incluso si dichas relaciones fueron bajo coerción (Turshen y Twagiramariya, 1998). Considerando el papel que juega el conflicto en la dispersión del VIH/SIDA, las mujeres

frecuentemente resultan enfermas como resultado de contactos sexuales sostenidos en tiempos de catástrofe social (Carballo, Mansfield et al 2000). Así estas mujeres parias a menudo no tienen más recurso que la prostitución u otras actividades económicas marginales e inseguras (Carballo, Mansfield et al, 2000; Enloe, 2000; Shikola, 19998).

Un peligro final es que la incertidumbre de las situaciones de combate suele implicar que "las relaciones duraderas no son posibles" (Shikola, 1998, p 143). Como resultado, después de cortas uniones, las mujeres se encuentran con hijos de padres desconocidos, o que no han tenido contacto con sus hijos desde su nacimiento. En Eritrea, Namibia y Zimbabwe, las mujeres soldados fueron a menudo incapaces de casarse o de establecerse cuando tenían hijos (Shikola, 1998, Mehereteab, Ranchod-Nilsson, en edición) En Eritrea, donde las necesidades de los hijos eran provistas por el ejército de resistencia, esto no parecía ser una carga en ningún momento. Sólo en la postguerra inmediata las dificultades de las madres solteras se hicieron evidentes (Mehreteab, en edición). Incluso cuando había un número relativamente grande de mujeres soldados –algunas de las cuales alcanzaron un perfil comparativamente alto como líderes de guerra– la reintegración de las mujeres se ha visto severamente obstaculizada por el inadecuado cuidado de los hijos y por las ideas tradicionales acerca de las labores apropiadas para cada género (W/Giorgis, 1999, p. 71). En Namibia y Zimbabwe, por causa de su estatus marginal, las mujeres excombatientes han tenido dificultades en la obtención de asistencia para proveer las necesidades de sus hijos (Ranchod-Nilsson, en edición; Shikola, 1998).

3.4.4. Aspectos psicológicos de la reintegración

La desmovilización física de los combatientes puede ser, en algunos casos, un asunto de logística relativamente simple. Sin embargo, la desmilitarización mental del personal militar es usualmente un proceso arduo y de mucho tiempo (Winter y Sivan, 1999). Aun así, avanzar hacia el bienestar psicológico de los excombatientes es una parte esencial de la reintegración, ya que el éxito de una paz a largo plazo se apoya en la habilidad de las personas para romper la mentalidad de la guerra (Villa-Vicencia y Verwoerd, 2000). No sólo el retorno a las armas es más probable si los combatientes no ven un futuro para ellos en el ámbito no-militar, sino que los niveles de desobediencia civil, desorden y violencia tienden a incrementarse y a ir contra los mejores esfuerzos de la sociedad para caminar hacia una paz sostenible (Sivan, 1999). Dado que una cantidad desproporcionada de esta violencia será dirigida contra los miembros más vulnerables de la sociedad –mujeres, ancianos y niños– es obvio que la rehabilitación psicológica de los excombatientes debe ser concebida, desde el principio, con una perspectiva de género (Sideris, 2000),

Existe evidencia de que los soldados desmovilizados se encuentran compitiendo entre sí por recursos escasos cuando van a casa, dado que con frecuencia ellos se encuentran con una infraestructura destrozada y una marea de refugiados que retornan (Carballo, Mansfield, et al, 2000; Colleta, Kostner et al, 1996b; De Abreu, 1998). También pueden enfrentar el resentimiento de la comunidad, si no se tiene cuidado en difundir información y capacitación sobre los tipos de apoyo social y emocional que se necesitan después de la guerra, no sólo para los soldados, sino para todo aquel que lo necesite.

La logística de la implementación de los servicios de consejería en la postguerra será diferente en cada zona de conflicto, y dependerá en gran medida de la disponibilidad de recursos y el grado en que la comunidad se sienta comprometida con el proceso.³² La tarea más difícil es siempre atender las devastadoras heridas psicosociales de la guerra, que se conoce afectan a las comunidades por años –incluso por generaciones– después de que los conflictos han llegado oficialmente a su fin (Winter y Sivan, 1999). Aunque este trabajo pueda ser eclipsado por la percepción de que los recursos deben ser empleados para atender primero las necesidades básicas, la curación psicológica requiere de un compromiso significativo, de visión y de tiempo. Es

³² Ver: Maeve Moynihan, *Interviewing and Counseling at the Grassroots: A manual for small groups in crisis countries wishing to improve their interviewing and counseling skills* (Amsterdam, 2001).

una tarea mucho más larga que cualquier otra que pueda ser cubierta por los aspectos prácticos y los límites temporales de los programas de reintegración, debido a que yace en el corazón de la transformación de la comunidad.

Aunque los interrogantes sobre el estado mental de los excombatientes sean tenidos en cuenta algunas veces por los planeadores de la desmovilización, las preguntas más difíciles frecuentemente se dejan sin respuesta. ¿Qué pasa si, después de que los soldados han regresado a sus comunidades en una forma considerada como satisfactoria por los administradores del programa, una comunidad entera rechaza a un excombatiente a causa de sus acciones en tiempo de guerra, o por las versiones que de esas acciones se han filtrado? (Shikola, 1998) ¿A dónde irá esta persona? ¿y en qué clase de actividades tiende a involucrarse un paria como éste? En el África subsahariana, hay evidencia de que estas personas desplazadas, si no se convierten en forajidos que se abalanzan sobre los miembros más indefensos de la sociedad, son vulnerables al reclutamiento como mercenarios. Lo que perpetúa la inestabilidad regional y comunitaria (Malan, 1997; Stiefel, 1999).

Otra dificultad que debe afrontarse es la de que un veterano o veterana puede retornar a su comunidad natal sólo para conducir una campaña de terror. Puede mantener un control ilegítimo pero poderoso sobre los miembros de la comunidad, y, si se han planeado tribunales de postguerra, puede prolongar la inseguridad de la situación de guerra y burlar los objetivos de la justicia mediante la propagación del temor a represalias si se cuenta la verdad acerca de su implicación en crímenes de guerra (Mansaray, 2000).

Por otro lado, excombatientes severamente traumatizados pueden convertirse en un peso para sus comunidades, tanto porque no sean capaces de recuperarse lo suficiente para poder trabajar, como porque se vuelvan irracionales, violentos y peligrosos. A pesar de los intentos de consejería psicológica por medios innovadores y apropiados culturalmente –los cuales se han vuelto un aspecto estándar en los sistemas de apoyo a la desmovilización y reintegración (Colletta, Kostner et al, 1996a, Kingma, 2000a)–, las comunidades postconflicto necesitan enfrentar la realidad de que toma tiempo y recursos recuperarse de los traumas de la guerra. Debido a que las mujeres son percibidas en forma predominante como dadoras de cuidado, la tarea de lidiar con los problemas asociados al desorden de estrés postraumático frecuentemente se les deja a ellas. ¿Tendrá su labor en este campo reconocimiento oficial, financiación y apoyo? ¿O se convertirá en otro aspecto del trabajo “invisible” de las mujeres –esencial para la supervivencia de la comunidad, pero del cual no se tiene conciencia, como fue el caso en Suráfrica antes de la intervención de la Coalición Nacional de Mujeres en el periodo de transición (Meintjes, 1998)?

Finalmente, debe entenderse que algunos individuos nunca se recuperan de la guerra, tanto física como mentalmente, y nunca se reintegran de forma significativa. Como ellos requieren cuidado, la pregunta entonces es: ¿quién lo provee?. ¿Tiene el estado un programa oficial para lidiar con el desorden del estrés postraumático y con los veteranos discapacitados, o serán las redes de parentesco de la comunidad en general –basadas en los estereotipos de las mujeres como dadoras de cuidado y en la asunción de que ellas están dispuestas a hacer este trabajo gratis– las llamadas a sostener las consecuencias de la guerra?

4. Conclusiones

En este texto he mostrado que la desmovilización, el desarme y la reintegración sensibles al género de combatientes masculinos y femeninos son necesarios, no sólo porque reconocen formalmente la participación de mujeres en el conflicto armado, sino también porque pueden ser catalizadores para incrementar la participación política de las mujeres en la postguerra, y actuar así como apoyos para la construcción de paz a largo plazo. He enfatizado la existencia de diferentes regímenes de género, y argumentado que los planeadores de la desmovilización necesitan considerar cómo los diferentes ideales de conducta apropiada de género pueden tener impacto en la reintegración. He probado, en apoyo de la Resolución 1325 de las Naciones Unidas, que para tener tanto éxito como sea posible, las experiencias futuras deben ser generizadas en

su acercamiento a esta situación y deben apuntar en forma más consciente hacia la meta de ayudar a soldados y civiles por igual, para que estos puedan enfrentar mejor las nuevas ideas y prácticas que encontrarán después de la guerra.

He enfatizado que una conciencia de la diferencia es crucial para una desmilitarización exitosa. Esto implica no sólo el reconocimiento de que las mujeres y los hombres tienen diferentes experiencias de guerra y diferentes necesidades en los procesos de desmovilización y reintegración, sino también el reconocimiento de que no todas las mujeres –sean excombatientes, esposas de excombatientes, o viudas de guerra– enfrentarán los mismos retos después de la desmovilización. Las diferencias entre las mujeres –sus capacidades, experiencia, tiempo de servicio, conexión o desconexión de sus comunidades de origen, número de personas que dependen de ellas, estado de salud, localización geográfica después de la desmovilización, y nivel de estrés físico y psicológico– influenciarán la manera como conducirán sus nuevas vidas. Dado esto, cuando se planean programas de capacitación y rehabilitación, se debe esperar encontrar diferencias entre las mujeres, así como entre hombres y mujeres, por lo cual se debe estar preparado para adaptarse a ellas.

He recolectado evidencia acerca de cómo las diferencias de género impactan la habilidad de las personas para ajustarse a las condiciones de postguerra, tanto material como psicológicamente, y he argumentado que una desmovilización adecuada de los combatientes requiere un acercamiento que sea sensible a los diferentes retos que se les presentan a hombres y mujeres en los tiempos de la postguerra. La transformación social después de la guerra –como intenta mostrar concretamente la lista de verificación que sigue a continuación– implica mucho más que el desmantelamiento de estructuras militarizadas: desarrollar los medios para apoyar el acceso de las mujeres a la representación social, cultural y política, tanto como el cambio de actitudes con respecto al acceso a la tierra, y desarrollar una conciencia creciente de los niveles de violencia contra la mujer en una sociedad postconflicto, son también partes esenciales del proceso de conversión.

He argumentado que, para encaminarse en un proceso de construcción de paz exitoso a largo plazo, las construcciones sociales estrechas de masculinidad y feminidad necesitan ser tratadas en forma conciente. He mostrado que, aunque los procesos de desmovilización y reintegración forman sólo una parte de la tarea más amplia de la desmilitarización de una sociedad, representan una oportunidad para hacer más que simplemente administrar la transición de personal hacia roles no combativos después de la guerra. La desmovilización y la reintegración pueden también llegar a ser parte de un movimiento más amplio por el cambio social, si los planeadores asumen la responsabilidad de incrementar los niveles de conciencia de género en un país.

Los abordajes feministas de la reconstrucción después de la guerra indican que los procesos por los cuales la gente se vuelve consciente de los roles de género no están escritos en piedra sino que se adaptan a circunstancias sociales cambiantes, lo que a largo plazo ayudará al desarrollo de un ambiente social y político que facilite cambios positivos en el estatus de las mujeres. Los beneficios sociales potenciales de este cambio en las percepciones son enormes, dado que existe una evidencia creciente de que hay una mayor tasa de éxito en los procesos de paz en los cuales las mujeres juegan un papel significativo (Anderlini, 2000; Cock, 2001; Hill, 2001).

Todo esto apoya la Resolución 1325, que compromete a los gobiernos, las Naciones Unidas y la sociedad civil a encontrar vías para ayudar a las mujeres –incluyendo a las excombatientes– a participar en la reconstrucción de la postguerra. La construcción de la paz y el avance de los derechos humanos serán reforzados por estas medidas, dado que la Resolución 1325 envía una poderosa señal a la comunidad mundial de que las contribuciones sociales esenciales de las mujeres han sido reconocidas y serán mantenidas. De este reconocimiento, esperamos, vendrá un compromiso aún mayor con la promoción de la participación plena de las mujeres en los proyectos de transformación social que aspiran a facilitar la reconstrucción de una identidad nacional pacífica después de la guerra.

Siglas:

UNTAET – United Nations Transitional Authority on East Timor

UNIFEM – United Nations Development Fund for Women

BIBLIOGRAFÍA

Anderlini, Sanam Naraghi. 2000. *Women at the Peace Table: Making a Difference*. Nueva York: UNIFEM.

--- y Rita Manchanda, et al. 1999. "Women, Violent Conflict and Peacebuilding: Global Perspectives". En: *Women, Violent Conflict and Peacebuilding: Global Perspectives*. Londres, May 5-7.

Ayissi, Anatole y Robin-Edward Poulton. 2000. *Bound to Cooperate: Conflict, Peace and People in Sierra Leone*. Ginebra: UN Institute for Disarmament Research.

Bennett, Olivia, Jo Bexley, et al., eds. 1995. *Arms to Fights, Arms to Protect: Women speak out about conflict*. Londres: Panos.

Bruchhaus, Eva-Maria y Amanuel Mehreteab. 2000. "'Leaving the Warm House': The Impact of Demobilization in Eritrea". En: K. Kingma, ed., *Demobilization in Sub-Saharan Africa: The Development and Security Impacts*. Londres y Nueva York: Macmillan Press Ltd., pp. 95-131.

Byrne, Bridget. 1996. *Gender, conflict and development*. 34: Bridge.

Caprioli, Mary. 2000. "Gendered Conflict". En: *Journal of Peace Research*, Vol. 37, 1, pp. 51-68.

Carballo, Manuel, Carolyn Mansfield, et al. 2000. *Demobilization and its Implications for HIV/AIDS*. Ginebra: International Centre for Migration and Health.

Chitiyo, Taper Knox. 2000. "Land Violence and Compensation: Reconceptualising Zimbabwe's Land and War Veteran's Debate". 9:1. Cape Town: Centre for Conflict Resolution.

Cock, Jacklyn. 2001. *Closing the Circle: Towards a Gendered Understanding of War and Peace*. 2001. The African Gender Institute. [En línea]: <http://www.uct.ac.za/org/agi/newslet/vol8/lead.htm>.

---. 1991. *Colonels and Cadres: War and Gender in South Africa*. Cape Town: Oxford UP.

Cockburn, Cynthia. 1998. *The Space Between Us: Negotiating Gender and National Identities in Conflict*. Londres y Nueva York: Zed Books.

Cockburn, Cynthia. 2001. "The Gendered Dynamics of Armed Conflict and Political Violence". En C. O. N. Moser y F. C. Clark, eds., *Victims, Perpetrators or Actors? Gender, Armed Conflict and Political Violence*. Londres y Nueva York: Zed Books.

Colletta, Nat J., Markus Kostner, et al. 1996a. *Case Studies in War-to-Peace Transition: The Demobilization and Reintegration of Ex-Combatants in Ethiopia, Namibia and Uganda*. 331. Washington D.C.: World Bank.

Colletta, Nat J., Markus Kostner, et al. 1996b. *The Transition from War to Peace in Sub-Saharan Africa*. Washington D.C.: The World Bank.

De Abreu, Alcinda Ant3nio. 1998. "Mozambican Women Experiencing Violence". En: M. Turshen y C. Twagiramariya, eds., *What Women Do in Wartime: Gender and Conflict in Africa*. Londres y Nueva York: Zed Books, pp. 73-84.

De Pauw, Linda Grant. 1998. *Battle Cries and Lullabies: Women in War from Prehistory to the Present*. Norman: University of Oklahoma Press.

DPKO. 2000. *Disarmament, Demobilization and Reintegration of Ex-Combatants in a Peacekeeping Environment: Principles and Guidelines*. Nueva York: United Nations Department of Peacekeeping Operations/Lessons Learned Unit.

Elshtain, Jean Bethke. 1987. *Women and War*. Nueva York: Basic.

Enloe, Cynthia. 1998. "All the Men are in the Militias, All the Women are Victims: The Politics of Masculinity and Femininity in Nationalist Wars". En: L. A. Lorentzen y J. Turpin, eds., *The Women and War Reader*. Nueva York y Londres: New York UP, pp. 50-62.

Enloe, Cynthia. 2000. *Maneuvers: The International Politics of Militarizing Women's Lives*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.

Farr, Vanessa A. "A Chanting Foreign and Familiar: The production and publishing of women's collective life writing in South Africa". Unpublished Ph.D. thesis, York University, Toronto, 2002.

---. 2000a. "The pain of violence is a powerful silencer: African women writing about conflict". *Canadian Women Studies*, special issue on Women in Conflict, 19.4 (Winter) pp. 102-109.

---. 2000b. "How do we know we are at peace? Reflections on the Aftermath Conference". *AGENDA*, Vol. 43 pp. 23-31.

Fukuyama, F. 1998. "Women and the evolution of world politics". *Foreign Affairs*, Vol. 77, 6.

Gevisser, Mark y Edwin Cameron, eds. 1995. *Defiant Desire: Gay and Lesbian Lives in South Africa*. Nueva York: Routledge.

Goldblatt, Beth y Sheila Meintjes. 1996. *Gender and the Truth and Reconciliation Commission: A submission to the Truth and Reconciliation Commission*. Johannesburg: University of the Witwatersrand.

Goldstein, Joshua S. 2001. *War and Gender*. Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press.

Hill, Felicity. 2001. "Gender Perspectives on Disarmament". *Equal Time: Equal Rights for Women*, Spring-Summer, pp. 21-22.

Hudson, Heidi. 1998. "A Feminist Reading of Security in Africa". *ISS Monograph Series*, Vol. 20, February, pp. 22-98.

Jacobs, Susie, Ruth Jacobson, et al., eds. 2000. *States of Conflict: Gender, Violence and Resistance*. Londres y Nueva York: Zed Books.

Kingma, Kees. 1996. "The Role of Demobilization in the Peace and Development Process in Sub-Saharan Africa: Conditions for Success". *African Security Review*, Vol. 5, 6, pp. 33-42.

Kingma, Kees. 2000a. "Assessing Demobilization: Conceptual Issues". En: K. Kingma, ed., *Demobilization in Sub-Saharan Africa: The Development and Security Impacts*. Londres y Nueva York: Macmillan Press Ltd., pp. 23-44.

Kingma, Kees, ed. 2000b. *Demobilization in Sub-Saharan Africa: The development and security impacts*. Basingstoke: Macmillan Press.

Kingma, Kees y Nathalie Pauwels. 2000. "Demobilization and Demilitarization in the Downsizing Decade". En: N. Pauwels, ed., *War Force to Work Force: Global Perspectives on Demobilization and Reintegration*. Baden-Baden: NOMOS Verlag, pp. 9-19.

Lamb, Guy. 2000. "Reflections on Demilitarization: A Southern African Perspective". *International Peacekeeping*, Vol. 7, 3, pp. 120-136.

Lindsey, Charlotte. 2000. "Women and War". *International Review of the Red Cross*, Vol. 839, September, pp. 561-580.

Lundin, Iraê Baptista, Martinho Chachua, et al. 2000. "'Reducing Costs through an Expensive Exercise': the Impact of Demobilization in Mozambique". En: K. Kingma, ed., *Demobilization in Sub-Saharan Africa: The development and security impacts*. Basingstoke: Macmillan Press, pp. 173-212.

Luxton, Meg. 1980. *More Than a Labour of Love: Three Generations of Women's Work in the Home*. Toronto: The Women's Press.

Malan, Mark. 1997. *Conflict Management, Peacekeeping and Peace-building: Lessons for Africa from a Seminar Past*. 10. Pretoria: Institute for Security Studies.

Mansaray, Binta. 2000. "Women Against Weapons: A Leading Role for Women in Disarmament". En: A. Ayissi y R.-E. Poulton, eds., *Bound to Cooperate: Conflict, Peace and People in Sierra Leone*. Ginebra: UN Institute for Disarmament Research, pp. 139-162.

Meintjes, Sheila. 1998. "Gender, Nationalism and Transformation: Difference and commonality in South Africa's past and present". En: R. Wilford y R. L. Miller, eds., *Women, Ethnicity and Nationalism*. Londres y Nueva York: Routledge.

Mertus, Julie A. 2000. *War's Offensive on Women: The Humanitarian Challenge in Bosnia, Kosovo, and Afghanistan*. Bloomfield, Connecticut: Kumarian Press.

Mehreteab, Ammanuel. 2002. *Veteran combatants do not fade away: a comparative study on two demobilization and reintegration exercises in Eritrea*. BICC paper.

n.a. 1997. "After the War is Over What Comes Next? Promoting Democracy, Human Rights, and Reintegration in Post-conflict Societies". *Promoting Democracy, Human Rights, and Reintegration in Post-conflict Societies*. Washington D.C.

Pauwels, Nathalie, ed. 2000. *War Force to Work Force: Global Perspectives on Demobilization and Reintegration*. Baden-Baden: NOMOS Verlag.

Ranchod-Nilsson, Sita. "Warrior Women, Mothers of the Nation, Prostitutes and Traitors: Changing Images of 'the Good Nationalist Woman' in Zimbabwe, 1972-1997," ensayo inédito presentado en la Reunión Anual de la Asociación de Estudios Internacionales en Chicago 2001.

Reimann, Cordula. 1999. *The field of conflict management: Why does gender matter?* Bonn: Arbeitsstelle Friedensforschung Bonn. Vol. 4.

samaYende, Sizwe y Justin Arenstein. "Rural Revolt Threat". *Mail and Guardian* February 15-21, 2002 p. 27.

Schreiner, Olive. *Women and Labour*. Londres: T. Fisher Unwin, 1911.

Shikola, Teckla. 1998. "We Left Our Shoes Behind". En: M. Turshen y C.

Twagiramariya, eds., *What Women Do in Wartime: Gender and Conflict in Africa*. Londres y Nueva York: Zed Books, pp. 150-162.

Sideris, Tina. 2000. "Rape in War and Peace: Some Thoughts on Social Context and Gender Roles". *AGENDA*, Vol. 43, pp. 41-45.

Sivan, Emmanuel. 1999. "Private pain and public remembrance in Israel". En: J. Winter y E. Sivan, eds., *War and Remembrance in the Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge UP, pp. 177-204.

Sorensen, Brigitte. 1998. *Women and post-conflict reconstruction. Issues and sources*. 9. Ginebra: UNRISD.

Stiefel, Matthias. 1999. *Rebuilding after war: lessons from the War-Torn Societies Project*. Ginebra: War-Torn Societies Project.

Turshen, Meredith y Clotilde Twagiramariya, eds. 1998. *What Women Do in Wartime: Gender and Conflict in Africa*. Londres y Nueva York: Zed Books.

Villa-Vicencio, Charles y Wilhelm Verwoerd, eds. 2000. *Looking Back Reaching Forward: Reflections on the Truth and Reconciliation Commission of South Africa*. Ciudad del Cabo y Londres: U of Cape Town P y Zed Books.

W/Giorgis, Teclmichael. 1999. "The Challenge of Reintegrating Returnees and Ex-Combatants". En: M. Doornbos y A. Tesfai, eds., *Post-Conflict Eritrea: Prospects for reconstruction and development*. Lawrenceville, NJ, Asmara: The Red Sea Press, Inc., pp. 55-100.

Willett, S. 1998. "Demilitarisation, Disarmament and Development in Southern Africa". *Review of African Political Economy*, Vol. 77, pp. 409-430.

Winter, Jay y Emmanuel Sivan, eds. 1999. *War and Remembrance in the Twentieth Century. Studies in the Social and Cultural History of Modern Warfare*. Cambridge: Cambridge UP.

Apéndice A

La desmovilización y reintegración de mujeres combatientes, esposas de soldados y viudas de guerra: Una lista de verificación

Introducción

Esta lista de verificación intenta llamar la atención sobre los retos particulares que enfrentan las mujeres combatientes, las esposas de soldados y las viudas de guerra durante la fase de desmovilización y el proceso de reintegración subsiguiente. Debido a que la construcción de la paz necesita tener continuidad a largo plazo después de que los procesos de desmovilización y reintegración han terminado, se busca ayudar a los planeadores en el diseño e implementación tanto de metas a corto plazo sensibles al género, como en la planeación de medidas de apoyo de largo plazo.

Los procesos de desmovilización y reintegración se llevan a cabo bajo una gran variedad de condiciones, y sería imposible tratar cada uno de los desafíos específicos que, de acuerdo a las circunstancias, pueden surgir. Esta lista señala asuntos que frecuentemente pasan desapercibidos en la etapa de planificación de la desmovilización y de la reintegración, y busca además promover el debate y la reflexión sobre la mejor manera posible para que la variedad de necesidades de las mujeres sean atendidas. Dado que las necesidades de lo(a)s niño(a)s soldados no siempre son comparables a aquellas de las mujeres y de los hombres, esta lista no pone un énfasis especial en ellos.

Los programas necesitan tener presentes las necesidades de las mujeres combatientes tanto como de aquellas que son esposas o viudas de combatientes –estas mujeres no siempre tienen un matrimonio oficial con los hombres combatientes y pueden ser especialmente vulnerables a causa de esto–. Los programas necesitan, así mismo, tomar en cuenta las necesidades de aquellas mujeres que siguieron a sus compañeros a nuevas localidades geográficas. El esfuerzo de adaptarse a una nueva cultura, donde son percibidas como forasteras, trae consigo retos particulares. Los planeadores deberían tener esto en cuenta y buscar facilitar la transición de este grupo en su nueva comunidad.

Sin una consideración de la forma como las comunidades de soldados interactúan con las comunidades civiles, la desmovilización como medida de pacificación está propensa a fallar a largo plazo. Un desafío específico para los planeadores es tomar en cuenta el hecho de que la vida en las fuerzas armadas es relativamente igualitaria. La reintegración en una sociedad con rígidas estructuras sociales de género tendrá un poderoso efecto de estrés en mujeres que han estado acostumbradas a formas más libres de comportamiento y a una división más justa del trabajo. Las actitudes de las mujeres después de que el conflicto termina pueden llevar a la estigmatización social por parte de comunidades recelosas o que no comprenden esta libertad. Con una planeación cuidadosa, sin embargo, tales diferencias pueden ser canalizadas para producir un cambio positivo y una mayor equidad para toda la sociedad.

1. Planeación sensible al género de la desmovilización y del apoyo para la reintegración

A pesar de que el objetivo primario de la desmovilización es la remoción de los combatientes de sus roles de guerra de la forma más rápida posible, en las etapas de planeación resulta indispensable considerar la manera cómo serán recibidos los soldados por la comunidad civil. El periodo de rehabilitación y de reintegración será largo. Reconocer esto desde el principio es un factor indispensable para asegurar la estabilidad a largo plazo y la pacificación. El periodo de reintegración resulta particularmente importante en el caso de las mujeres, quienes pueden ser especialmente estigmatizadas como combatientes o viudas de guerra.

En el proceso de planeación, los siguientes aspectos deben ser considerados:

1.1. Desmovilización de tropas

- ¿Se han desarrollado cuestionarios sensibles al género y se ha recogido información desagregada por género, por medio de la cual se pueda establecer el perfil socioeconómico de los grupos a ser desmovilizados?
- ¿Quiénes son desmovilizados y quiénes permanecen como parte de una fuerza reestructurada en la zona de postconflicto?
- ¿Hay una elección acerca de la desmovilización?, ¿Las mujeres tienen el mismo derecho a escoger ser desmovilizadas que los hombres?
- ¿Se han desarrollado criterios para la atribución del estatus de veteranos o para la entrega de beneficios que no resulten en una discriminación de género *de facto*?
- ¿Existen mecanismos de salvaguarda, como, por ejemplo, el establecimiento de un comité con poder para señalar las discriminaciones y tomar las medidas respectivas para evitarlas? En el comité se necesita la representación eficiente y justa de veteranas que estén dedicadas a promover las necesidades de las mujeres.
- ¿Los programas de desmovilización por etapas incluyen a las mujeres combatientes?

1.2. Recursos

- ¿Existe financiación suficiente para asegurar el éxito a largo plazo de los procesos de desmovilización y desmilitarización? Debe prestarse atención a prácticas innovadoras, como líneas de crédito rotativo y otros esquemas similares.
- ¿Existen fondos especiales dirigidos a las mujeres, y si no, qué medidas se ponen en práctica para asegurar que sus necesidades recibirán la atención apropiada?

1.3. Participación política de las mujeres

- ¿Existe un compromiso para establecer una cuota de mujeres en las negociaciones de paz, particularmente si en éstas no hay participación de invitados externos a las partes o de ONGs?
- ¿Las mujeres combatientes están adecuadamente representadas? ¿Las asociaciones de veteranos existentes reconocen las necesidades de las mujeres?
- ¿Existen mecanismos establecidos para asegurar el reconocimiento y la participación política de las excombatientes femeninas después de las elecciones?
- ¿Están equipadas las mujeres para participar en estructuras democráticas civiles y militares y son apoyadas en sus actividades políticas?
- ¿Ha sido contemplada la colaboración de líderes mujeres –nacionales y locales– para ayudar al retorno de las excombatientes y viudas a la vida civil?

2. Trabajo en red para apoyar la reintegración

Aunque normalmente se da prioridad al entrenamiento de los excombatientes para llegar a ser independientes económicamente, éstos frecuentemente experimentan una dificultad enorme para

reintegrarse a las redes sociales. A menos que se tenga una aproximación holística, los desafíos de negociar un nuevo papel social pueden desbordar todos los otros esfuerzos para reintegrar a las/los soldados. La reintegración no es sólo un paso entre el conflicto y el desarrollo; reconstruir toda una sociedad después de la guerra requiere procesos a largo plazo de negociación de roles y rehabilitación psicológica. Sin un énfasis adecuado en este aspecto de la transición postconflicto, las metas de desarrollo tienen menos posibilidades de éxito.

- ¿Se cuenta con el apoyo de organizaciones de mujeres locales, regionales y nacionales para ayudar a la reintegración?
- Si así es, ¿están entrenadas las organizaciones de mujeres para entender las necesidades y experiencias de las excombatientes? Esto puede incluir negociación o intermediación para ayudar a las mujeres no-militares a entender las vidas de las excombatientes, así como para proporcionar a las excombatientes apoyo y ayuda a largo plazo para acoplarse a las estructuras no militares de la comunidad.
- ¿Están enteradas las mujeres excombatientes acerca de estas organizaciones y están capacitadas para acceder a ellas?
- ¿La experiencia de las excombatientes –que puede no ser tradicional– es reconocida, respetada y utilizable por otras mujeres? ¿Cómo se puede facilitar esto?
- ¿En lo general, hay espacios en las organizaciones de mujeres para el trabajo de curación y reconciliación, y en lo particular, se pueden utilizar las infraestructuras existentes para ayudar a la reconciliación y reintegración de excombatientes de diferentes bandos?
- ¿Se puede vincular la reintegración de las mujeres excombatientes a estrategias más amplias dirigidas al desarrollo de las mujeres en el postconflicto, con miras a prevenir el resentimiento contra las combatientes como un grupo "privilegiado"?
- ¿Ya han empezado las mujeres de la zona postconflicto el proceso de reconstrucción de la postguerra?
- ¿Puede el conocimiento técnico ser combinado con las experiencias y expectativas de las mujeres combatientes para guiar el desarrollo de estrategias de desmovilización?
- ¿Pueden las redes de mujeres –locales, nacionales, regionales e internacionales– ser contactadas para apoyar la reintegración?
- ¿Se hace un uso adecuado de las redes radiales para educar a las personas locales acerca de aquellos que son reintegrados, y con ello aliviar posibles tensiones? ¿Las experiencias de las mujeres están adecuadamente representadas en la radio?

3. Preocupaciones económicas

La participación de las mujeres en la economía es a menudo dejada de lado. Las mujeres pueden ser especialmente marginadas cuando no se les ofrecen acreditaciones formales por las habilidades adquiridas durante el periodo del conflicto armado. Esto puede tener el efecto de confinarlas a trabajos mal pagados y sin protección. Sus habilidades son desperdiciadas y sus esfuerzos creativos para mantenerse a sí mismas y a sus familias son menospreciados. Ambas formas de exclusión significan una pérdida inmensurable en el contexto del postconflicto.

Cuando el trabajo de las mujeres en el hogar no se cuenta y cuando su trabajo fuera de él –como la producción de alimentos– es visto como una mera extensión de sus deberes domésticos, se refuerza la percepción de las mujeres como dependientes los proveedores masculinos. Por otro

lado, las mujeres que alcanzan algún grado de éxito económico pueden experimentar la violencia por parte de compañeros menos exitosos. Pueden ser también objeto del resentimiento comunitario. De allí que, aunque se debe hacer énfasis en el acceso de las mujeres a la independencia económica, las actividades de reconstrucción deben dirigirse a la rehabilitación de toda la sociedad.

- ¿Existe una infraestructura económica funcionando en la región? Si la hay, ¿cómo se mide el trabajo económicamente activo? Es decir, ¿el trabajo doméstico y el trabajo agrícola se reflejan en el producto interno bruto, de manera que las contribuciones de las mujeres se midan en forma apropiada?
- ¿Las mujeres involucradas en actividades económicas informales son consideradas –por ellas mismas y por otros– como empleadas o miembros productivos activos de la sociedad?
- ¿Los planes para reconstruir la economía prestan la debida atención a las contribuciones potenciales de las mujeres y a sus necesidades económicas?
- Si existe un sistema de seguridad social, ¿están informadas de ello las mujeres excombatientes y tienen acceso independiente al mismo?
- Si existe una oficina del trabajo, ¿pueden acceder a ella fácilmente las mujeres excombatientes? ¿Esta oficina considera sus necesidades particulares y promueve sus habilidades?
- ¿Tienen acceso las mujeres excombatientes a ayuda legal o a apoyo que las ayude a combatir la discriminación (tanto en la esfera privada como en la pública)?
- ¿Puede el empleo independiente ser dirigido en beneficio de las mujeres excombatientes a través de sistemas innovadores de apoyo económico (como los sistemas de crédito rotativo y los “bancos de los pobres”), así como del desarrollo y formalización de redes de comercio e inversión poseídas y manejadas por mujeres?
- ¿Son las mujeres excombatientes afectadas en forma más severa que los hombres por un mercado laboral generalmente pobre y un alto desempleo? ¿Para facilitar el empleo de las mujeres, se han realizado estudios de viabilidad y evaluaciones de la dirección del crecimiento económico antes de que las capacitaciones comiencen?
- ¿Puede la economía apoyar el tipo de capacitación que las mujeres podrían solicitar durante el periodo de desmovilización? Por ejemplo, ellas pueden querer ser entrenadas como enfermeras y maestras. Antes de que la capacitación comience, es necesario determinar si las infraestructuras de salud y educación existentes tienen espacio para trabajadores en el sector.
- ¿Se han tomado en cuenta, antes de ofrecer las capacitaciones, obstáculos tales como empleadores que se niegan a contratar mujeres excombatientes, o expectativas estrechas acerca del trabajo que le está permitido hacer a las mujeres?

4. Implementación sensible al género de la desmovilización y del apoyo para la reintegración

4.1. La fase de acantonamiento

- ¿Los sitios de acantonamiento son apropiados para las mujeres? Es decir, se reconocen en su instalación las necesidades específicas de éstas en cuanto a capacitación, cuidado de los niños, seguridad, facilidades sanitarias y atención especializada de salud?.

- ¿El trabajo doméstico está repartido equitativamente entre hombres y mujeres combatientes, de manera que las mujeres puedan aprovechar de igual forma las sesiones de información, la capacitación y las otras facilidades ofrecidas en el lugar?
- ¿La sociedad civil aceptará y acreditará los programas de capacitación ofrecidos en los campamentos?
- ¿Está entrenado el personal de apoyo para reconocer y responder a las necesidades de las mujeres, incluyendo sus necesidades políticas?
- ¿El peligro de violencia sexual es reconocido y tratado dentro del campamento?
- ¿Se le ofrece a los hombres educación y servicios de consejería para la prevención de la violencia sexual?
- ¿Se les ofrece a los hombres y a las mujeres igual acceso a la educación sobre VIH/SIDA?
- ¿Se han diseñado entrevistas para recoger información específica sobre las experiencias de las mujeres? Esta información podría ser significativa para propósitos de planeación y también para la planificación y el monitoreo posteriores.
- ¿Las necesidades políticas de las mujeres acantonadas están adecuadamente representadas en el gobierno?
- Si los soldados hombres son mayoría y la desmovilización es más lenta de lo esperado, ¿qué planes de contingencia se han creado para atender las necesidades de las mujeres que se mudan al área de acantonamiento, bien sea como parejas o como trabajadoras domésticas o sexuales?
- ¿Son reconocidas las necesidades particulares de seguridad de las mujeres cuando se planea el transporte a sus hogares?

4.2. *Reasentamiento*

- ¿Tienen las mujeres derecho a elegir dónde vivirán? Es decir ¿pueden decidir si quieren volver a su lugar de origen o al de sus compañeros, o si prefieren desplazarse a áreas urbanas o semi-urbanas donde pueden tener mayor libertad en relación con los roles tradicionales de género?

4.3. *Pagos económicos*

- ¿Si se distribuye dinero como parte del programa de desmovilización, son reconocidas las diferentes necesidades financieras y los patrones de gasto de las mujeres (por ejemplo, pueden ellas preferir grandes pagos de dinero en efectivo o desembolsos mensuales?)
- ¿Tienen las mujeres acceso geográfico a los bancos, así como el derecho a abrir y manejar una cuenta privada? Si no, ¿qué medidas pueden tomarse para salvaguardar su dinero?
- ¿Son entrenadas las mujeres para operar como "banqueras de los pobres"?
- ¿Son reconocidas y apoyadas las formas tradicionales de manejo del dinero por parte de las mujeres (por ejemplo, préstamos rotativos y esquemas de crédito)?
- ¿Pueden las mujeres solteras o viudas acceder a la seguridad social y a planes pensionales?

- ¿Están equipadas las mujeres para manejar dinero en la vida cotidiana, como por ejemplo el pago de servicios, etc.?

4.4. *Esquemas educativos y de capacitación*

- ¿Cuáles son las necesidades de capacitación de las mujeres excombatientes y quién las define?
- ¿Están informadas las mujeres de las diferentes opciones de trabajo y de los problemas potenciales de entrar a lugares de trabajo previamente "masculinos"?
- ¿Los programas de entrenamiento ofrecidos a las mujeres reflejan las normas locales de género y los estándares sociales sobre el trabajo apropiado para cada género o intentan ampliarlos? ¿Esto beneficia o dificulta la independencia económica de las mujeres?
- ¿Los programas de capacitación le enseñan a las mujeres a construir y reparar dispositivos de ahorro de trabajo, de manera que puedan disminuir el tiempo que emplean en el trabajo doméstico y comprometerse en actividades remuneradas?
- ¿Se cuenta con programas para el cuidado de niños y con otros soportes familiares (por ejemplo, para el cuidado de ancianos) para las mujeres que asisten a los programas de capacitación?
- ¿Los niños y las niñas hijos de las excombatientes o de las viudas disponen de las mismas oportunidades educativas?

4.5. *Necesidades de salud, médicas y psicológicas*

- ¿Existen mecanismos para certificar o reconocer de otro modo la experiencia de las mujeres en el campo de la salud?
- ¿Se estimula a las mujeres de los servicios médicos para que enfoquen su trabajo en las necesidades de salud de las mujeres?
- ¿Cuáles son las necesidades psicológicas y de salud específicas de las mujeres en el contexto de la desmovilización? ¿Son éstas reconocidas como diferentes a las de los hombres?
- ¿Tienen las mujeres el derecho a determinar su propia fertilidad y su disponibilidad sexual, y es esto reconocido y promovido?
- ¿Hay consejería y facilidades de salud separadas y disponibles para hombres y mujeres?
- ¿Se cumplen las necesidades específicas de salud reproductiva de las mujeres?
- ¿Hay conciencia de la violencia sexual contra las mujeres combatientes, tanto durante como después del conflicto, y facilidades de tratamiento, orientación y protección?
- ¿Se ha tenido en cuenta el problema del HIV/SIDA, tanto desde la perspectiva de la educación como en la del cuidado?
- ¿Hay mecanismos en el lugar para desarrollar prácticas de salud mental comunitaria (tales como ceremonias de limpieza) que contribuyan a la rehabilitación psicológica de los excombatientes? ¿Cómo pueden dirigirse al sufrimiento específico de las mujeres (a menudo como resultado de la violencia sexual)?

5. Nutrición, vivienda, uso de la tierra y actividades económicas (para excombatientes reasentadas en áreas rurales)

Una de las mayores necesidades de los excombatientes y de sus familias es el acceso a la tierra y a una vivienda. Para garantizar esto, las necesidades específicas de las mujeres tienen que ser tomadas en consideración, particularmente cuando las prácticas tradicionales no son favorables a acoger hogares encabezados por mujeres

- Algunos estudios muestran que a menudo se abre un espacio de negociación después que termina el conflicto. ¿Puede usarse esta oportunidad para adquirir tierras y derechos de propiedad para las mujeres?
- ¿Las mujeres solteras o viudas son reconocidas como cabezas de hogar y se les permite el acceso a vivienda y tierra?
- ¿Cómo se determina este acceso y quién lo hace?
- ¿Qué tan segura es su tenencia, y qué medidas se pueden tomar para evitar que las mujeres excombatientes y las viudas de guerra se vean forzadas a desempeñar trabajos ocasionales en tierras ajenas?
- ¿Existen medidas legales para proteger su acceso a tierra y agua de calidad?
- ¿Las fuentes de agua están cercanas a su tierra?
- ¿Se les permiten a las mujeres todos sus derechos de propiedad, incluyendo el derecho a sembrar cultivos comerciales?
- ¿Pueden decidir las mujeres cómo disponer de los cultivos de su tierra (es decir, si las destinan para las necesidades familiares o para el comercio), y ejercer control sobre el dinero obtenido de la agricultura?
- ¿La actividad agrícola de las mujeres es medida y reconocida como parte de la actividad económica del país? ¿Qué beneficio se pueden derivar de ello?
- ¿Se les permite a las mujeres criar animales? Si no, ¿cómo afecta esto su nutrición y su capacidad para trabajar la tierra?
- ¿Tienen las mujeres acceso equitativo a implementos agrícolas y bombas de agua de propiedad comunitaria? ¿Pueden ellas poseerlos?
- ¿Se pueden negociar los tabúes tradicionales sobre acceso y uso?
- ¿Los programas de entrenamiento durante la fase de acantonamiento incluyen información adecuada sobre nutrición, y reconocen y trabajan alrededor de los patrones tradicionales de cultivo, los tabúes nutricionales, etc.?
- ¿Los programas de re-entrenamiento dirigidos a las mujeres ex-combatientes y a las viudas de la guerra ofrecen un adecuado acceso a información sobre el cultivo de cosechas económicamente productivas?

6. Vivienda y actividades económicas (para excombatientes reasentadas en áreas urbanas y en la periferia urbana)

- ¿Las mujeres solteras o viudas pueden firmar contratos de arriendo (alojamiento, teléfono, etcétera)?
- ¿Las mujeres que desarrollan actividades económicas fuera de la casa cuentan con servicios adecuados de cuidado para los niños y las personas mayores?
- ¿Las industrias y negocios aceptan y contratan a las mujeres excombatientes, especialmente aquellas entrenadas en formas no tradicionales de generación de recursos?
- ¿Qué medidas se han tomado para prevenir que las excombatientes y las viudas de guerra sean restringidas a los márgenes de la economía? Esto incluye dependencia excesiva de la actividad de las ONGs, lo cual podría volverse un sustituto de la participación a largo plazo en el mercado laboral.
- ¿Qué medidas se pueden tomar para evitar la estigmatización de las mujeres activas económicamente, especialmente de aquéllas que han servido en combate?
- ¿Qué medidas se han tomado con respecto de la seguridad de las mujeres en las áreas urbanas?